



**UNIVERSIDAD
PANAMERICANA®**

AGUASCALIENTES

DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

**EL MODELO EDUCATIVO EN LA ODISEA DE HOMERO. LA MISIÓN
EDUCATIVA DE ODISEO**

TESIS QUE PRESENTA
JESÚS ENRIQUE CARDONA VILLA

PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRÍA EN HUMANISMO

**CON RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL DE ESTUDIOS DEL
INSTITUTO DE EDUCACIÓN DE AGUASCALIENTES, EN EL ACUERDO
NÚMERO 2056 DE FECHA 22 DE NOVIEMBRE DE 2016.**

DIRECTOR DE TESIS
DR. CLAUDIO CÉSAR CALABRESE

CO-DIRECTOR DE TESIS
DRA. ETHEL BEATRIZ JUNCO

AGUASCALIENTES, AGS., OCTUBRE 2020.

**UNIVERSIDAD PANAMERICANA
CAMPUS AGUASCALIENTES
Departamento de Humanidades**

MAESTRÍA EN HUMANISMO

DICTAMEN DEL TRABAJO DE TITULACIÓN

En mi calidad de Director de Tesis, y después de haber analizado el trabajo de investigación de:

| | | |
|------------------|------------------|---------------|
| CARDONA | VILLA | JESÚS ENRIQUE |
| Apellido Paterno | Apellido Materno | Nombre (s) |

Quien cursó la **Maestría en Humanismo**; con reconocimiento de validez oficial de estudios del Instituto de Educación de Aguascalientes, según acuerdo número 2056 de fecha 22 de noviembre de 2016 y con clave de la Dirección General de Profesiones No. 211524; y quien presenta el trabajo titulado:

“EL MODELO EDUCATIVO EN LA ODISEA DE HOMERO. LA MISIÓN EDUCATIVA DE ODISEO”.

De conformidad a la modalidad de titulación: TESIS

Manifiesto que reúne los requisitos a que obligan los reglamentos en vigor, para ser presentado ante el Honorable Jurado del Examen Recepcional.

Aguascalientes, Ags., 26 de octubre de 2020

Vo.Bo.

DR. CLAUDIO CÉSAR CALABRESE

| | |
|---|----|
| ÍNDICE | |
| DICTAMEN | 2 |
| DEDICATORIA | 4 |
| AGRADECIMIENTOS..... | 4 |
| INTRODUCCIÓN | 5 |
| Originalidad de los griegos | 6 |
| CAPÍTULO I: LOS GRIEGOS EN LA HISTORIA | 8 |
| 1. Orígenes del mundo griego | 8 |
| 2. Formación de la lengua y de la literatura | 12 |
| 3. La épica homérica | 14 |
| 4. La cuestión homérica..... | 17 |
| CAPÍTULO II: HOMERO Y LA EDUCACIÓN GRIEGA | 22 |
| 1. La épica homérica como principio de la educación | 22 |
| 2. La virtud homérica..... | 23 |
| 3. La relación entre dioses y hombres en Homero | 24 |
| 4. El mito en Homero | 29 |
| CAPÍTULO III: MODELOS FAMILIARES EN LA ODISEA | 32 |
| 1. El poema de la Odisea..... | 32 |
| 2. Familia y educación familiar en la Grecia antigua | 34 |
| 3. La casa de Odiseo | 35 |
| 4. Relaciones interpersonales en la Odisea | 36 |
| 4.1. Catálogo de las relaciones interpersonales..... | 36 |
| 4.2. Características de las relaciones familiares | 43 |
| CONCLUSIONES | 52 |
| 1. El legado de los griegos en la historia de la educación..... | 52 |
| 2. El aporte específico de la Odisea al modelo educativo | 54 |
| 3. La importancia del padre en la educación del hijo | 55 |
| REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: | 59 |

DEDICATORIA

A mis padres, a quienes les debo la formación de mi persona.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud infinita a mis mentores Ethel Junco y Claudio Calabrese por mostrarme a Homero y acompañarme en la composición de este trabajo.

A mi amiga y compañera Mariana Herrera por su apoyo durante la realización de la tesis.

Finalmente a Juan Carlos Vázquez por su amistad, confianza y generosidad.

INTRODUCCIÓN

El mundo ya era viejo cuando los griegos alcanzaron su plenitud. Lo que vuelve tan especial al pueblo griego es su capacidad para entender el mundo, del cual adoptan costumbres e ideales antiguos y las reformulan bajo un nuevo concepto, abarcando todo el pensamiento del hombre e influyendo en todas las actividades humanas.

Para el caso de este estudio, centraremos nuestra atención en el análisis del poema de Homero, la *Odisea*, quien fuera el primer y más grande poeta del mundo griego antiguo. La épica homérica, representa el espíritu griego en todas sus manifestaciones. Homero captura en sus obras toda clase de expresiones, que van desde la relación entre el hombre y el orden divino hasta la representación de la vida diaria.

La *Odisea*, refleja un modelo de vida en el que se ensalza el concepto de *areté*, que refiere conducirse bajo la excelencia. Esta concepción de “excelencia”, en la cual los griegos establecen el ideal de hombre, propone generar en las personas la plena conciencia y la práctica de la virtud. El poema encarna en sus personajes los arquetipos de humanidad en toda su expresión, poniendo al lector un ejemplo de formación humana o *paideia*.

El presente trabajo consta de tres capítulos; el capítulo I propone repasar la importancia de los griegos en la historia y su influencia en el pensamiento y en la literatura posterior; en el capítulo II se plantea el estudio de Homero y su relación con la educación griega; y finalmente el objeto de estudio del capítulo III es exponer los modelos familiares que el poeta relata en la *Odisea*, enfatizando en el paradigma homérico de la paternidad. Concluimos revisando los principales aportes de los capítulos anteriores para confirmar la oportunidad de leer a Homero y revisar en sus obras un modelo educativo que, no por antiguo, ha dejado de ser vigente. En la bibliografía, solo incorporamos

las obras citadas efectivamente, dejando a un lado la extensa bibliografía de referencia general.

La metodología seguida en el trabajo remite al paradigma filológico y hermenéutico propio para la lectura de textos antiguos; implica el seguimiento atento de la fuente, considerada como referente de valor histórico, la selección de aquellos fragmentos representativos para la temática elegida, su interpretación con base a los criterios consolidados por la bibliografía fundamental y, finalmente, la integración de unos y otros –fuentes y bibliografía- en orden a esclarecer nuestro tema. Consideramos que así se hace un aporte, simple pero claro, y se verifica la finalidad del trabajo.

Originalidad de los griegos

Este trabajo toma un tema referido al mundo griego que puede hacerse actual en cada cultura. Así como a partir de los griegos se pueden pensar los principales problemas del hombre, porque lograron ofrecer respuestas sistematizadas en disciplinas plurales, del mismo modo los griegos absorbieron y repensaron el tratamiento de los saberes de las culturas que los precedieron. El mundo era viejo cuando aparecen los griegos en la historia; habían pasado “milenios de civilización en los que los egipcios, acadio-sumerios, cretenses, hititas y fenicios habían elaborado conquistas fundamentales de la civilización, desde la organización político-social a la escritura, desde las artes a las ciencias” (Cantarella, 1971, p. 55).

Los griegos le imprimen una gran dinámica a todas las actividades del hombre; en particular y en referencia al motivo de este trabajo, en los resultados de la literatura se puede observar nítidamente la originalidad griega. Si bien cuando aparecen las formas literarias, tal como las conoceremos posteriormente, hay muchos siglos de preparación no sistematizada, el primer nombre del horizonte griego es sin lugar a dudas Homero, “no sólo el más antiguo poeta de Occidente, sino el primero de la historia” (Cantarella, 1971, p. 55).

En la literatura griega el hombre se manifiesta como ideal, creándose “valores ideales, sentimientos y problemas” que nos identifican, en los que podemos hacerlos nuestros. Esta característica regirá todas las manifestaciones venideras hasta nuestros días, siendo Homero el parteaguas (Cantarella, 1971, pp. 55-57).

A través de la literatura, los griegos explicaron la relación del hombre con el mundo, a la vez natural y sobrenatural, y la emplearon como medio de comprensión de la complejidad de la vida humana en sus distintas exigencias. La literatura griega se compromete a saber qué es el hombre, cuál es su valor y su posición dentro de las cosas, así como la representación de su comportamiento en una visión general. Sus escenarios son terrenales, es decir, que ocurren en la tierra, en el aquí y el ahora, donde hombres y dioses interactúan en un mismo plano, y sólo los separa el infinito poder que reside en estos últimos (Bowra, 2007, pp. 37-38).

La *Ilíada* y la *Odisea* son las obras literarias más importantes de la cultura griega primitiva que han llegado hasta nuestros días, y son, sin duda, las primeras obras del canon occidental. El contenido de los poemas no caduca con el paso del tiempo y sigue fascinándonos hoy día (Dalby, 2008, pp. 15-16); de ahí nuestro interés por centrar el tema de estudio en la formulación de tal autor y en especial de la lectura de la *Odisea*.

CAPÍTULO I: LOS GRIEGOS EN LA HISTORIA

1. Orígenes del mundo griego

A fin de situar el tema de trabajo, ofreceremos la descripción de la literatura dentro de la cronología de la historia de Grecia.

El pueblo griego surge de la “mezcla cultural y antropológico del elemento mediterráneo y del indoeuropeo [en] el segundo milenio” (Bengston, 1986, p. 14). La mezcla se dio en un proceso largo, de guerra y paz, en el que los distintos grupos interactuaban y coexistían (Bengston, 1986, p. 14).

La cultura minoica, desarrollada hacia 1700 a. de C. y terminada durante el siglo XII a. de C., se convirtió, gracias a la ubicación estratégica de la isla Creta, en un gran recepto de influencias, las cuales se reflejaron en todas direcciones. Creta sostuvo una relación estrecha con el continente griego durante el siglo XVI, dejando sobre todo una enseñanza a los griegos sobre como “servirse de los bienes de la cultura para el perfeccionamiento de su estilo de vida” (Bengston, 1986, p. 20).

La inmigración indoeuropea en Grecia mantuvo al principio poca variación en el modo de vida de los habitantes. Fue hacia el llamado Heládico Reciente, en la mitad del siglo XVI, que se reemplazó a la agricultura por nuevas formas de vida, introduciéndose el “gusto por la guerra y por la caza, por la posesión de costosas armas de bronce” (Bengston, 1986, p. 21). Con este nuevo espíritu belicoso se impone un nuevo modelo de vivir, una época heroica denominada “micénica”, con ciudades fortificadas y una aristocracia deseosa de combatir. Homero, en la *Odisea*, muestra este modelo formado por una nobleza belicosa, con ideales en el combate y el desafío (Bengston, 1986, p. 40).

Nilsson indica que “el mundo heroico griego tiene sus raíces en la época micénica” y que existen en Homero una “cantidad de elementos micénicos [amalgamados en unidad] interna con otros más recientes” (citado por Bengston, 1986, p. 27). La Gran Migración, comenzada antes de 1200 a. de

C., produjo conmoción en casi todo ámbito del Mediterráneo oriental. Los pueblos indoeuropeos ponen en movimiento al mundo, presionando a los pueblos vecinos a moverse. Dicha movilización coincide con la decadencia de la cultura micénica que ya se encontraba en desgaste. El desplazamiento de los diferentes pueblos tuvo como resultado una modificación en el aspecto etnológico del mundo antiguo, en el que se introdujeron aspectos culturales provenientes del mundo oriental (Bengtson, 1986, pp. 32-33).

La Gran Migración Egea trajo consigo una oscuridad para el mundo griego, dejando un vacío histórico sobre la conformación de los pueblos griegos a comienzos del primer milenio a. de C. Con el comienzo de la Edad de Hierro hacia el año 1100, Grecia sufre una transición que duraría hasta alrededor del año 800 a. de C. Por primera vez se da un espíritu nacionalista entre los colonos griegos, desarrollándose un sentimiento de comunidad griega, descrita en las obras homéricas. La constitución de las *polis* intensifica el desarrollo del espíritu y pensamiento político griego, afianzando el patriotismo hacia la pequeña patria (Bengtson, 1986, p. 36).

Después de la caída de las culturas minoica y micénica, los fenicios predominaron el Mediterráneo oriental. Uno de los efectos más importantes del contacto griego y los fenicios, fue la adopción de la escritura consonántica fenicia por parte de los griegos. Dicha adopción se piensa que se efectuó durante el siglo IX a. de C., en Asia Menor (Bengtson, 1986, p. 37). La escritura griega estuvo al alcance de una amplia capa de la sociedad, y se mantuvo en posesión del pueblo. Esta peculiaridad, distinta a los sistemas del antiguo Oriente en la que estaba restringida su acceso a un pequeño grupo, tuvo un efecto importante en la evolución de la vida intelectual griega, que supo explotar al máximo, reflejo del espíritu helénico (Bengtson, 1986, p. 38).

Grecia es una región llena de montañas abruptas y rocosas, valles recónditos y multitud de islas, grandes y pequeñas. En la época de la composición de la *Ilíada* y la *Odisea* no existía un gobierno unificado en Grecia, estaba constituida por algunas ciudades de cientos o miles de habitantes, situadas en

las zonas meridional, central y nororiental de la península griega, en islas del oeste, del Egeo y de Creta, y en muchos puntos de la costa occidental y meridional del actual Turquía, y entremezclados con otros pueblos en Chipre (Dalby, 2008, pp. 119-120).

El Período arcaico (800-500 a. de C.) que es la época de formación, dominada por los movimientos colonizadores que proceden del Mediterráneo y por la caída de los modelos monárquicos y su evolución hacia regímenes de gobierno de tipo aristocráticos (Cantarella, 1971, p.19).

Durante los siglos VII-VI se instauró la “tiranía”, la cual se apoyó en las clases más humildes contra las aristocracias, preparando con ello la llegada de la democracia. Los “tiranos” a menudo fueron “hombres de gobierno y protectores de las artes y las letras”, y es en este periodo donde la Ley va perdiendo su “carácter religioso y sagrado”, inspirando a las nuevas constituciones democráticas (Cantarella, 1971, pp. 19-20). Esta es una época de transición que conserva lo representativo de los ideales heroicos de los primeros tiempos pero apunta hacia una modernización de las estructuras de gobierno y de las relaciones sociales.

Así se produce el inicio del segundo período, la Época de las *polis* (500-360 a. de C.), marcado por la hegemonía ateniense. Es la época por la que Grecia se universaliza en sus aportes a la cultura; en ella florece la filosofía y la historiografía, la lírica y la dramática, la arquitectura y la escultura, facilitada por la nula invasión de los pueblos bárbaros a Grecia, “creando un patrimonio de civilización que permanecerá como imagen de un gran ideal humano y como herencia perenne para la posteridad” (Cantarella, 1971, p. 20).

Las ciudades eran independientes, contaban con su propio sistema político, aunque compartían la misma lengua (el griego primitivo), la religión y la literatura. Tenían “numerosos contactos con los demás y con casos de fecundación recíproca” (Dalby, 2008, p. 120). Fueron distintos los sistemas políticos que desarrollaron, desde la monarquía hasta la democracia primitiva;

en ellos, los ancianos tenían un alto grado de autoridad, se recurría a ellos para que aportaran sus conocimientos, ya que <sabían miles de cosas> (Dalby, 2008, p. 121).

El tercer período lo constituye el helenismo (360-30 a. de C.); la época comienza con la instauración del poderío militar macedónico, al mando de Filipo II, que va dominando cada una de las polis griegas. Una vez muerto Filipo en el año 336, lo sucede su hijo Alejandro. El discípulo de Aristóteles unifica a las fuerzas macedónicas y griegas, y se lanza a la conquista de los pueblos barbaros, saliendo victorioso desde Libia hasta las fronteras de la India. Las conquistas alejandrinas hacen posible la difusión del helenismo, lo que significa llevar la cultura griega a todos los rincones sometidos. La consolidación de la victoria romana sobre los Estados helenísticos hacia el año 197, marcará el inicio de las provincias romanas y la absorción de Grecia, y con ello los ideales griegos (Cantarella, 1971, pp. 22-24).

Con la expansión del imperio de Alejandro Magno, Egipto adoptó el griego como lengua culta, desde el siglo III a. de C. hasta la conquista por los árabes. Se pudieron conservar algunos papiros, escritos mucho antes que los manuscritos medievales. Dentro de los papiros egipcios llegados a nuestros días, Homero fue el principal autor del que se realizaron copias, o comentarios de sus obras, constatándose su amplia difusión e importancia en el mundo griego general (Finley, 1961, pp. 8-9).

Se cuenta con un número reducido de obras de la literatura griega que llegaron a nuestros días, alrededor de 150 autores de tragedias, aparte de fragmentos citados por autores o antólogos griegos o romanos. Lo que podemos leer actualmente en griego proviene de manuscritos medievales de los siglos XIV y XV, resultado de un sinfín de sucesivas copias, con transcripciones posiblemente deformadas (Finley, 1961, p. 8).

2. Formación de la lengua y de la literatura

El habla griega se remonta hacia el año 2000 a. de C., o probablemente mucho antes, constatándose en el registro de nombres de lugares en esta lengua. El pueblo helénico se constituyó de diferentes tribus y regiones, que durante cientos de años fueron inmigrando a tierras griegas, mezclándose con la población autóctona. Aquella población adoptó el nombre de Hélade para sus naciones, siendo luego llamados *Graeci* por los romanos, como se le conocería más tarde en toda Europa (Finley, 1961, pp. 6-7).

La lengua con la que entraron los inmigrantes a tierras griegas pertenece a la familia indoeuropea. El habla griega se compuso de varios dialectos, con ligeras diferencias en la pronunciación y delecto, y aun menor en el vocabulario y la sintaxis. Estas variaciones no impidieron su entendimiento entre los que hablaban un dialecto y los que hablaban otro distinto (Finley, 1961, pp. 7-8).

Los griegos comenzaron a escribir hacia el año 1500 a. de C., pero el punto decisivo fue con el acoplamiento racional y deliberado del “alfabeto fenicio” durante el siglo IX a. de C. Con esta invención se pudo registrar todo lo imaginable, desde la expresión más sencilla hasta un extenso poema como la *Ilíada*. La literatura antigua, comprendida la ciencia, filosofía, bellas letras, tuvo que enfrentar la lucha del tiempo para sobrevivir, ya que los textos se escribieron sobre papiro y más tarde en pergamino, materiales no hechos para perdurar. De la extensión de obras, sólo sobrevivieron lo que juzgaron digno de ser copiado y vuelto a copiar durante años de historia griega y después (Finley, 1961, p. 8).

No se cuenta con ningún testimonio acerca de la forma en la que la tradición oral transmitía la poesía épica en la Grecia primitiva. En tiempos de Alejandría y Roma, los eruditos trataron de entender la manera, pero, ya no existía una tradición equiparable en la que pudieran observar “cómo construían los

cantores sus narraciones y las transmitían a otros cantores” (Dalby, 2008, p. 65).

Los estudiosos griegos posteriores dieron por hecho que Homero compuso sus poemas. Desde entonces se dio por entendido que los poemas se transmitieron de poeta en poeta, conservándose tal y como había sido en su origen. Con esta visión coinciden los cantores épicos de diversas tradiciones, atribuyendo su propia obra a otros cantores de tiempo atrás (Dalby, 2008, p. 67).

Es difícil fijar con precisión a qué época se refería el poeta que escribió ambos poemas, ya que se pasaban de generación en generación. También existe la duda de cuántas generaciones habían transcurrido sobre los hechos que describe el poeta en sus obras. Ambos poemas incluyen detalles y acontecimientos históricos de tiempos atrás, que “fueron reformulados en el seno de la tradición oral”. Se puede decir con cierta firmeza, que el autor de la *Ilíada* y la *Odisea* es quien estuvo presente cuando se recogieron por escrito (Dalby, 2008, p. 69).

Siguiendo el orden de producción literaria, se puede dividir la literatura griega en dos bloques, y estos a su vez en dos subdivisiones. El primer periodo, clásico, es el de las “grandes creaciones originales”, y el segundo, postclásico, es el de su “tradición” (Cantarella, 1971, p. 34). Es importante señalar que las producciones literarias griegas tienen una clara coherencia interna en el seguimiento de los grandes tópicos que forman su cosmovisión; desde el inicio, la idea religiosa, la noción de hombre, sus nexos con la sociedad, sus valores en el mundo, están constituidos. La progresión en el tiempo implicará análisis y debate acerca de esos postulados, pero no modificación; en lo que concierne a nuestro tema, la idea de hombre en relación con los dioses, así como sus relaciones interpersonales, están formuladas con claridad en la obra de Homero; la lírica y la tragedia posterior se ocuparán de ahondar y expandir esos tópicos sin producir un cambio radical de perspectiva.

Los acontecimientos histórico-políticos marcarán las subdivisiones de los dos grandes periodos, Cantarella (1971, p. 34) los esquematiza de la siguiente manera:

- I- Periodo clásico:
 - 1. Época “jónica”, de los orígenes o arcaica: siglo IX hasta 500 a. de C.
 - 2. Época “ática”: 500-322 a. de C. (muerte de Aristóteles)

- II- Periodo postclásico
 - 1. Época “helenística”: 322-30 a. de C.
 - 2. Época “greco-romana” o “imperial”: 30 a. de C. – 529 d. de C.

3. La épica homérica

Tratamiento especial en lo que hace al origen de la literatura occidental y a este tema en particular, es el dedicado al género épico.

La poesía épica, es aquella que canta las hazañas de los héroes que pertenecen a un pasado remoto y cuyas acciones gloriosas se convierten en modelos a seguir. Este estilo de poesía es cantado por cantores profesionales, acompañado con música. Los cantores memorizaban los versos, que eran transmitidos de generación en generación.

Esta forma de poesía es de hexámetro dactílico, que consiste en la repetición, seis veces del pie rítmico llamado dáctilo, que puede suplirse en algunos pies por un espondeo: “el elemento fundamental es la cantidad de sílabas o alternancia de sílabas largas y breves en el metro de acuerdo a determinados esquemas” (Sierra Bermeja, 2015, p. 4).

Homero, es el símbolo de la épica. Se le atribuye la creación de la *Ilíada* y la *Odisea*. Se desconoce la vida del poeta, y alrededor de su persona se generaron diversas leyendas, el “ciego que deambula” o el “jefe genial de una escuela de rapsodas”, hacia los siglos IX y VIII a. de C. Existe un amplio número de biografías sobre el poeta Homero, demostrando que no se puede precisar con certeza su patria y su vida. Igual de incierta es la fecha en la que vivió, según algunos fue contemporáneo de la guerra de Troya hacia 1184 a. de C.; según otros habría vivido desde sesenta hasta cuatrocientos años después de los sucesos descritos en sus obras. Herodoto afirma que Homero y Hesíodo fueron contemporáneos, habiendo los dos vivido alrededor del año 850 (Cantarella, 1971, pp. 58-59).

La poca o nula información que se tiene del poeta, ha puesto en duda su existencia, muy fuertemente con los estudiosos franceses del siglo XVII y el alemán Wolf a finales del XVIII. Ellos referían que ambas obras no podían ser de un mismo autor y época, sino que era un conglomerado de pequeños cantos épicos de distintos orígenes, que fueron reformulados una y otra vez en el seno de la tradición oral, para después ser atribuidos a Homero. Ambas posturas, quienes defienden la idea de la autoría de sendas obras a un mismo autor y quienes sugieren diversos autores, se han basado en el estudio filológico e histórico, encontrando similitudes y diferencias estilísticas, lingüísticas y en la temática y época que relatan. Lo anterior se le ha denominado “cuestión homérica”, y sin duda continuará siendo tema de discusión.

La epopeya homérica se interesa más por los hechos de los hombres y un poco menos por los de los dioses, pero a ambos los relaciona en un mismo

plano, proyectando sus características, y dándonos a conocer una visión general de la situación humana. Afirma Bowra (2007) que la *Ilíada* y la *Odisea*, son obras de arte individual, cuya técnica se gestó en cantos heroicos anteriores, basadas en una tradición oral (p. 39).

La controversia sobre la composición y autoría de la *Ilíada* y la *Odisea*, se remonta a dos siglos atrás. Para los griegos, no hubo duda de que Homero fue el creador de ambos poemas, poeta que vivió en Quíos, que después de su muerte un grupo de bardos o poetas heroicos, llamados “hijos de Homero”, recitaron sus poemas por generaciones. Los críticos modernos atribuyen los poemas a una colección de diversos cantos que fueron recopilados en Atenas del siglo VI a. de C.; argumentan que la forma y el método de trabajo de la tradición oral son completamente distintos en su estructura y composición a la escrita. Para Browra (2007), el estado de conocimiento actual indica que es posible considerar la multiplicidad de autores como de un solo poeta para ambos poemas (p. 38).

Homero tuvo que combinar las leyendas y hechos del pasado con las vivencias y costumbres de su época. Es probable que tuviera que complacer a un público lleno de príncipes jonios y nobles que se jactaban de provenir de héroes antiguos, herederos de su gloria. Por otra parte, la *Odisea* caracteriza momentos de la vida normal, capturados en personajes de la servidumbre, y en otros que representan profesiones que requerían de un ingreso para subsistir, como los cantores (Bowra, 2007, pp. 51-52).

Los héroes en Homero representan una generación de hombres superiores y mejores que las generaciones siguientes, con cualidades físicas e intelectuales preeminentes. Se muestran y se prueban a sí mismos en acción, como Telémaco, que al principio es incapaz de hacerle frente a los pretendientes, y requerirá de su padre para aprender lo que debe hacer para enfrentarlos; los sitúa en condiciones cotidianas y adversas, lo que hace de los personajes algo más atractivos y ejemplares. Las acciones heroicas son en sí mismas un fin y no buscan una recompensa más allá de la muerte

(Bowra, 2007, p. 64). Los poemas homéricos surgen de una esfera aristocrática y describen el mundo de la nobleza guerrera, formando sin lugar a duda los cimientos del sentimiento nacional griego. Se observa el efecto de los poemas sobre la religión de los griegos, sobre todo en la idea de un mundo de lo divino como algo objetivo, que se encuentra presente en la vida de cada uno (Bengston, 1986, p. 40). Héroes, dioses y monstruos son en Homero lo más cercano a la vida humana, y reflejan la grandeza y la bestialidad del hombre (Bowra, 2007, pp. 48-50).

4. La cuestión homérica

Los obras de Homero son una de “las más elevadas realizaciones del espíritu griego [y señalan] el comienzo de la literatura griega”. Tienen una posición preminente en “la vida espiritual griega desde la época arcaica hasta la bizantina” (Bengston, 1986, p. 39). Estas obras son el resultado de una larga evolución que se extiende varios siglos atrás de su composición, teniendo como punto crucial el paso del canto heroico de la nobleza a los cantores profesionales. Los cantos expresaban la gloria de los antepasados, generando un sentimiento de proximidad a la patria y conservación de las tradiciones (Bengston, 1986, p. 39).

En cuanto a las obras son:

- 1) *Ilíada*, en 24 rapsodias (cantos, libros) con un total de 15,693 versos.
- 2) *Odisea*, con 24 rapsodias y 12,007 versos.

Homero fue un símbolo preeminente de nacionalidad para el pueblo griego, una autoridad intachable de su historia primitiva. Sus obras se vieron como una Biblia o como un gran tratado de filosofía, y fue llamado por los griegos simplemente “el poeta” (Finley, 1961, p. 6).

El nombre de Homero le correspondía a un hombre, no siendo el equivalente de “anónimo”. Los estudiosos modernos consideran que tanto la *Ilíada*, como la *Odisea*, fueron escritas en las islas del Mar Egeo, o quizás en la península

de Asia Menor, durante el período entre los años 756 y 650 a. C. Antes de Homero y Hesíodo, la historia griega se reduce a unos “cientos de tablillas de barro en Lineal B, y el mudo testimonio de las piedras, la alfarería y los objetos metálicos desenterrados por los arqueólogos” (Finley, 1961, p. 6).

Las primeras fuentes de información sobre Homero, datan del 500 y el 300 a. de C. aproximadamente, mencionándolo como el creador de ambos poemas, junto con otras obras, que se fueron perdiendo. Él personifica a la épica, “un *rhapsodos*, un <cantor de palabras entretajadas>” (Dalby, 2008, p. 14).

La fecha de creación de ambos poemas ha tenido una gran discusión. Hay quienes la ubican a mediados del siglo VIII, después de la introducción del alfabeto en Grecia, en tanto que otros la sitúan dentro del siglo VI a. de C. Hoy los estudiosos llegan al consenso de que fueron compuestas hacia el año 650 a. C., a la par de que estaban trabajando los poetas líricos (Dalby, 2008, pp. 39-40).

Las investigaciones modernas ponen en evidencia que ambos poemas se pasaron de boca en boca por sus descendientes durante generaciones, para después ser puestos por escrito. En la tradición oral, en la cual se transmite la obra, es imposible que la recitación se repita de forma exacta cada vez que lo interpreta, sino que se va construyendo en cada ocasión, siguiendo claro, los parámetros más importantes (Dalby, 2008, p. 14).

Los griegos pensaban hasta el siglo IV a. de C. que Homero era el autor de los poemas y del “corpus” de obras atribuidas a él. Más tarde Xenón y Helánico, llamados los “separatistas”, consideran a la *Odisea* más reciente que la *Ilíada*, debido a las diferencias estilísticas. Hacia alrededor de 1744, Juan Bautista Vico concluye que Homero:

- 1) No existió como persona histórica;
- 2) Es imposible atribuir los poemas a una misma persona;

- 3) Los poemas se formaron de partes debidas a autores diversos, que vivieron a lo largo de todo el periodo “heroico” (citado por Cantarella, 1971, p. 73).

En 1795, el alemán Federico Augusto Wolf dedujo que los poemas, compuestos alrededor del año 950, fueron transmitidos por vía oral y de memoria, estando “abiertos a modificaciones, inserciones y corrupciones” (citado por Cantarella, 1971, p. 74).

Para Lachmann (1847) los poemas eran una “yuxtaposición de cantos originarios separados e independientes, <anónimos> y <populares>” (citado por Cantarella, 1971, p. 74). Esto explicaba las incongruencias y desigualdades. Kirchhof (1859) concluyó que eran poemas breves y autónomos, compilados en dos grandes obras (citado por Cantarella, 1971, p. 75). Las teorías que predominan hoy en día son las de quienes separan la autoría de ambas obras, atribuyéndola cada una a distinto autor, como unidades, pero con inserciones y agregados. Estas se apoyan en las notables diferencias en su estructura y lingüística, en lo social, ético y religioso (Cantarella, 1971, p. 75).

Cantarella (1971, pp. 76-77) formula las siguientes conclusiones sobre los poemas homéricos:

- 1) Los poemas fueron compuestos en Jonia de Asia menor hacia el siglo IX, debidos a un poeta que usó materiales preexistentes (leyendas, canciones, épicas), conformando con su gran creatividad artística poemas íntimamente orgánicos en su concepción y estructura.
- 2) Hasta el momento no hay argumentos completamente sólidos para negar que ambas obras, la *Ilíada* y la *Odisea*, fueran de un solo autor.
- 3) Nada impide no creer en la existencia real de Homero, quien le diera forma y perfección a la poesía épica.

En lo que respecta a nuestro tema, una autoría individual o colectiva no altera el sentido de la composición; antes bien, confirma la unidad acerca de la idea de relaciones familiares e interpersonales que el héroe asume. Si nos inclinamos por una autoría colectiva y sucesiva en el tiempo, podemos verificar la importancia de una idea unificada de varón guerrero, coherente con valores de identidad y de familia, a los que da prioridad en el marco de sus aventuras.

La genialidad de los griegos y el aporte que hicieron a las civilizaciones posteriores se centra principalmente en su capacidad de entender el mundo, así como la de incorporar y sintetizar el cumulo de conocimiento de culturas anteriores, redefiniéndolo e influyendo en toda actividad humana que le siguió. El lenguaje griego es uno de esos grandes aportes y diferenciadores frente a las demás culturas antiguas; la incorporación racional y deliberada del alfabeto fenicio le permitió crear una nueva forma de plasmar toda clase de ideas, y a la vez ayudó a explotar el potencial del pueblo griego. Este lenguaje favoreció el desarrollo humano en la medida que logro transmitir los avances de la cultura griega, concretamente con la helenización de los pueblos.

Las obras homéricas, la *Íliada* y la *Odisea*, concentran y dan forma a la cultura griega reflejando su cosmovisión y pensamiento. Proponen un modelo de vida sujeto a la *areté*, es decir, a conducirse de forma virtuosa. Nos vinculan con un mundo y su haber que va más allá de la época de composición. Uno de las innovaciones que tienen ambos poemas es el dominio para colocar en un solo plano lo divino y lo humano, materializándolo en expresiones que le suenan a cualquiera, permitiendo estar al alcance del entendimiento de todos, por decirlo de alguna manera.

La lectura de la epopeya homérica pone de manifiesto que no somos ajenos a tiempos pasados, que los problemas, dudas y sentimientos ahí encontrados son los mismos que nos aquejan en la actualidad. Repensar el modelo pedagógico homérico facilitará el esclarecimiento de los retos presentes al proponer ejemplos de vida virtuosos.

Biblioteca Aguascalientes

CAPÍTULO II: HOMERO Y LA EDUCACIÓN GRIEGA

1. La épica homérica como principio de la educación

Los dos poemas homéricos, la *Ilíada* y la *Odisea*, cautivaron a los antiguos griegos, llegando a ser la base de su educación. Griffin (1984): “La literatura occidental comienza con Homero” (p. 9). Sus obras influyeron en los romanos, al grado que Virgilio adoptó el modelo homérico, quien a su vez llegaría a ser maestro de Dante. Han sido leídas ininterrumpidamente desde la Grecia antigua y después por Europa occidental (Griffin, 1984, p. 15).

Ambos poemas parten de la guerra de Troya, la cual data del año 1184 a. de C., según la fecha más aceptada. Homero relata una época pasada brillante, cuando “los hombres eran más altos y más fuertes [...] y los dioses iban y venían entre aquellos” (Griffin, 1984, p. 10). El propósito de sus obras, fue más un intento de describir los acontecimientos de tiempo atrás, que crear un trabajo histórico racionalizado y justificado (Griffin, 1984, pp. 10-11).

Se desconoce la vida de Homero, como hombre, formándose alrededor de él una gran cantidad de leyendas, una de ellas el “compositor aedo ciego”. No se aprecia en los versos ningún hecho sobre el poeta. Para entender la hazaña homérica hay que rastrear las obras que le precedieron. Existen ciertos rasgos similares entre los poemas de Homero y la poesía épica de los pueblos indoeuropeos, de los cuales descienden los griegos. Los temas son recurrentes en todos ellos, como “la retirada del héroe, las luchas a muerte entre parientes o amigos, la lealtad feudal y la desobediencia, y sobre todo la venganza” (Griffin, 1984, p. 16).

De igual forma, el pueblo griego estuvo en contacto con civilizaciones del Este, situándose las hazañas del poeta Homero alrededor de la Edad de Bronce, en el periodo llamado micénico, entre 1400-1200 a. de C., encarnando recuerdos reales de aquella época. En este periodo se relacionó culturalmente una extensa área que cubría desde Grecia, Siria, Chipre, Egipto y Mesopotamia. Entre ellos mantenían relaciones comerciales y matrimoniales dinásticas, y

más importante, produjeron literatura, que más tarde influiría en Grecia. Un ejemplo de ello, es el uso por Homero de escenas en que los dioses se reúnen para discutir el destino humano, rasgos que se encuentran en la literatura de Mesopotamia y Siria (Griffin, 1984, p. 17).

El relato de Homero, personifica una época pasada, especial, en donde los hombres eran “mayores” y más “robustos”, representados en forma de héroes, y en la que sus acciones planteaban modelos de vida que todo hombre aspira alcanzar; estos hombres eran cercanos a los dioses, y estos últimos “intervenían directamente en sus actos y se unían a ellos sobre la tierra”. Este acercamiento al orden divino, tenía “el carácter de ser representativo de la vida humana como un todo”, en el que se podía “ver y comprender la naturaleza y límites de la vida humana mientras los dioses intervienen en ella” (Griffin, 1984, p. 18).

2. La virtud homérica

La formación de la persona, en el mundo griego antiguo, estaba relacionada con la *areté*; veían a la educación como pilar para el progreso de la civilización, una base de “la justicia, la alegría y la paz”. Homero nos brinda con sus héroes un modelo educativo, con el cual nos invita a imitarlos (Lobo, 2015, p. 281).

Homero encarna en sus obras el espíritu del pueblo griego, enalteciendo un concepto muy particular de nobleza que sirvió de base para la educación, la cual creaba a su vez un ideal de hombre griego. Este concepto de hombre griego se define con la *areté*, es decir, la búsqueda de la belleza física y moral (Lobo, 2015, p. 277).

Para los griegos, la condición de nobleza no solo era alcanzable para los nacidos en un abolengo, sino que se podía dar en personas “humildes”. El *areté* o “excelencia humana” no se trata entonces de “una facultad selectiva, que pertenece únicamente a los seres considerados como superiores”, sino que es “una cualidad que viene inherente a cualquier ser vivo, así sea o no humano” (Lobo, 2015, p. 278).

Este modelo de noble guerrero se observa ampliamente en el poema homérico de la *Odisea*. La obra trata del retorno de Odiseo a su tierra natal Ítaca, donde lo esperan su hijo Telémaco y su esposa Penélope. Odiseo es el héroe principal del poema y rey de Ítaca que tuvo que partir hacia Troya, ausentándose durante veinte años del hogar. El héroe proviene de la nobleza de abolengo y el poeta encarna también en él la nobleza moral. El heroísmo y el valor son elementos que enmarcan en el hombre su *areté*; Odiseo captura un personaje “audaz y sagaz”, y al mismo tiempo “aventurero y prudente”, que prefiere ante todo, incluso por encima de obtener la inmortalidad, el amor de Penélope y su hijo Telémaco. Este amor por su esposa e hijo, vuelve al personaje de Odiseo “más cerca de lo humano” y un estereotipo de *areté* (Lobo, 2015, pp. 278-280).

3. La relación entre dioses y hombres en Homero

La relación entre dioses y hombres en Homero parte de la diferencia entre ambas dimensiones divino-humanas (“como la generación de las hojas, así la de los hombres”) y en su posibilidad de tener trato personal; los hombres pueden tener relación con la esfera divina, y así proporcionalmente alcanzar grandeza y gloria. En este sentido, podemos afirmar que el hombre homérico se encuentra orientado hacia lo divino.

En principio, ambos linajes comparten el espacio de la naturaleza (*physis*), donde los dioses viven su felicidad perpetua e incomparable y los hombres viven su miseria. La luz del sol les revela a todos las formas del mundo y la noche impera también sobre todos. Sin embargo, la proximidad no debe ocultar el abismo que los separa, ya que los hombres son mortales y los dioses, por el contrario, gozan de la inmortalidad. La exaltación de un mortal entre los dioses o la victoria sobre la muerte de algún mortal, no hace más que confirmar esa regla insalvable.

Los héroes de la *Ilíada* alcanzan sus distintos grados de gloria justo cuando encaran la muerte, en tanto límite de lo humano; en la *Odisea* en cambio, en

la escena en que Calipso pone a disposición de Odiseo la posibilidad de alcanzar la inmortalidad en Oigigia, el héroe prefiere enfrentar su destino mortal. Por eso, Odiseo es liberado para volver a su patria donde debe realizarse su destino humano. No solo se cumple la voluntad de Odiseo sino que la visita de Hermes comunica la decisión de los dioses para que Calipso deje partir a Odiseo. Como se advierte, en la consideración homérica de lo divino, se excluye que necesariamente la inmortalidad constituya un bien sobre todos los demás; también se excluyen actitudes que impliquen un verdadero desafío a los dioses.

En este punto es importante señalar el modo libre y directo en que los héroes homéricos se relacionan con los dioses en general y con su divinidad protectora en especial; constituye, ciertamente, una decisión de orden religioso, que en cierto sentido funda el arte occidental, el renunciar a una transfiguración del más allá: se muestra así, en toda su intensidad, la intimidad de hombres y dioses.

La intimidad del diálogo Atenea/Mentor y Telémaco nos muestra el modo sencillo y directo en que la divinidad eleva la condición de este joven desamparado hasta su propia proximidad; se trata, entonces, de una sobre-elevación del hombre hasta la divinidad.

Lo divino está presente en todas las situaciones de la vida, pues todo ocurre en su esfera: los actos de la vida cotidiana tienen un sentido ritual. Los dioses escuchan las plegarias, aunque también pueden ser desatendidas o cumplidas de una forma o en un tiempo impensados para el orante. Por ello, coincidimos con von Balthasar (1985) cuando considera que uno de los sentidos de la *Odisea* es la perseverancia confiada en la voluntad impredecible de los dioses.

En este contexto, el intento de prescindir de los dioses es la peor falta en que los héroes pueden incurrir, pues todo está en sus manos; en la cosmovisión homérica el contacto con los dioses permite tomar conciencia de la condición

efímera, encadenada al cambio y al sufrimiento. Pero, el hombre homérico no se rebela contra la muerte ni pretende medirse con los dioses.

Del mismo modo, es propio de los dioses elevar o rebajar a los hombres; en la concepción homérica, los aspectos interiores y exteriores del héroe conforman una unidad, esto es, hay una correspondencia entre la inspiración de los dioses y la belleza del héroe. Así, a causa de Zeus, Héctor brilla como fuego; Atenea conforta a Diomedes herido para que logre fama y hace que de su casco y de su escudo brote un continuo centelleo (Calabrese, 2007).

Un segundo aspecto, propio de la *Odisea*, consiste en que la reducción a la esclavitud es tan importante como la divinización; en efecto, Odiseo es el que sufre con paciencia y humildad su destino. Por ello su reducción a mendigo por parte de Atenea no es sólo un truco para no ser reconocido, sino que manifiesta su propia realidad tanto como su posterior exaltación; lo vuelve irreconocible: arruga su piel tersa, enturbia sus brillantes ojos, haciéndolo aparecer “deforme” (Calabrese, 2007). Después que se presentó desnudo y miserable ante Nausicaa, Atenea lo inunda de belleza: eleva su estatura, ensortija sus cabellos, derrama gracia sobre sus hombros, como un orfebre dora con oro fino una estatua de plata; esta situación se reitera cuando descubre su cuerpo ante los pretendientes de su esposa. Por lo tanto, la exaltación y la humillación expresan el misterio de lo divino; no sólo en el sentido de que Zeus vierte sobre los hombres el bien y el mal, sino más bien que, en este reparto de bienes y males, el poeta manifiesta un sentido oculto de la relación entre lo divino y lo humano (Calabrese, 2007).

Consideramos que la relación especial de Atenea con Odiseo en la *Odisea* brinda un formato de relaciones humanas; la diosa asume el cuidado del héroe, poniendo las condiciones para el cumplimiento de su destino, con los menores perjuicios y los mayores beneficios.

El vínculo delicado y respetuoso entre Atenea y Odiseo resulta, sin lugar a dudas, uno de las más notables de la literatura no cristiana. Seguimos a

Calabrese en esta descripción (2007). La *Odisea* presenta el destino excluyente de un héroe, Odiseo, y, por lo tanto, se encuentran claramente individualizados los dioses que manifiestan protección (Atenea) o encono (Poseidón). Telémaco, en este sentido, continúa el despliegue del destino de su padre y, por lo tanto, se encuentra amparado por la misma diosa. Conmovida por las desventuras de Odiseo, Atenea toma en sus manos la protección del héroe; lo hace a distancia, pues, por decisión de los dioses, debe permanecer solo en medio del océano. La invisibilidad de la diosa es el tema central de la lamentación de Odiseo al llegar a las playas de Ítaca: durante la guerra de Troya siempre resultó propicia, pero, después que la misma diosa dispersara la flota de los griegos al iniciar su retorno:

Sé perfectamente que me fuiste propicia todo el tiempo que los aqueos combatimos en Troya; pero después que arruinamos la excelsa ciudad de Príamo, partimos en las naves y un dios dispersó a los aqueos, nunca volví a verte, hija de Zeus, ni he presentido tu presencia benéfica junto a mi bajel, para evitarme alguna de las tantísimas desgracias que he sufrido (Od., XIII, vv. 314 – 319)

Atenea le responde que nunca “lo ha abandonado en la desgracia” (Od., XIII, v. 331)

En este mismo sentido, Néstor asegura a Telémaco que el amor de la diosa por su padre es más evidente que el amor de otra divinidad por cualquier otro héroe; cuando la diosa debe permanecer invisible le envía otros dioses o bien le sugiere el consejo adecuado o asimismo puede escuchar una oración llena de reproches sin hacerse presente. Aun cuando una divinidad enviada por el enconado Poseidón le exigía permanecer insensible ante el destino de Odiseo, sin embargo Atenea continúa allí; se presenta incluso contra el mandato divino, como sucede en la instauración del pacto que ordena detener todos los combates en Ítaca.

Atenea le indica a Odiseo la mejor acción, a la vez que lo invita a reflexionar, cuando él mismo pide consejos y ayuda; en estos casos, la respuesta se manifiesta en un diálogo cotidiano e íntimo, que la diosa expresa gramaticalmente con el dual, que nosotros sólo podemos traducir por la primera persona plural: “Pero, vamos, metamos ante todo tus riquezas en la parte más honda de la caverna para que nadie te la robe, y ocupémonos enseguida del partido que debes tomar”.

También estará junto a Odiseo y Telémaco en el momento del combate decisivo contra la banda de los pretendientes: los tres serán más que suficientes para derrotarlos.

Por ello resulta emblemática la escena en que Odiseo, durmiendo en la nave que conducen los feacios, es depositado en las playas de su patria y, al despertar, no la reconoce por la niebla que todo lo rodea; en ese momento, Atenea se le acerca en la figura de un joven y describe la humilde Ítaca, que el héroe todavía no reconoce; luego con un sutil movimiento de su mano se presenta en forma de mujer y le abre los ojos para que comprenda de una sola vez que nunca se ha apartado de su lado y que ha regresado a su patria. Le manifiesta, también, lo que le resta por padecer:

(Vengo a) revelarte todos los trabajos que deberás necesariamente soportar en tu casa bien construida: toléralos, ya que es preciso, y no digas a ninguno de los hombres ni de las mujeres que llegaste peregrinando; antes bien sufre en silencio cualquier afrenta, sometiéndote al poder de tus enemigos (Od., XIII, vv. 306 – 310).

Odiseo nada pregunta y acepta los sufrimientos impuestos, pues surgen, para la cosmovisión homérica, de la conjunción de la voluntad de Zeus y de la Moira. El hombre está siempre en el centro de la escena, aunque se lo presente en los momentos más intensamente sufrientes de su existencia.

4. El mito en Homero

Homero, no sólo era poeta, sino también un narrador de mitos y leyendas. Los mitos fueron formándose y perfeccionándose mucho antes de Homero, “era una actividad del más alto nivel social (y humano), no solamente el casual de un poeta o de un campesino imaginativo”. Los temas referían a acciones como “guerras, inundaciones, aventuras por tierra, mar y aire, luchas familiares, nacimientos, casamientos y muertes”. Los mitos eran vividos por los oyentes, creyendo implícitamente al narrador, representados en forma de “cuentos simbólicos, alegorías, parábolas [...] que transmitían complicados análisis y visiones interiores éticos y psicológicos” (Finley, 1961, pp. 10-11).

El mito “no tiene la naturaleza de la ficción [...] sino que es una realidad viva, de la que se cree que sucedió alguna vez” (Malinowski, citado por Finley, 1961, p. 10). La postura, entre los griegos, sobre la veracidad de los mitos era muy diversa; había quienes estaban más cerca de creer en ellos en forma “literal”, y quienes lo veían en forma “simbólica”. Se fueron acumulando durante siglos, una buena cantidad de mitos, de una amplia variedad, siempre a expensas de las alteraciones del tiempo y a los cambios de poder en la élite gobernante de cada región (Finley, 1961, p. 10).

Toda sociedad requiere de los mitos pues la comprensión de sí misma depende de su capacidad de expresión y extensión que se da en las narraciones mitológicas. Homero representa “la primera etapa en el dominio griego sobre sus mitos; sus poemas, frecuentemente pregriegos en su tratamiento, [...] son de un genio ordenador del mundo, que logra armonizar al hombre y a la naturaleza, a los hombres y a los dioses” (Finley, 1961, p. 11).

Los poemas homéricos muestran el mundo social, ético y religioso en torno al poeta; exponiendo con profunda sutileza los sentimientos, pasiones e intereses y una grandiosa caracterización de los personajes. Es el mundo de los “soberanos” que suponían estar conectados y ser descendientes de los “héroes de la gesta troyana”. Homero hereda y da continuación a una larga

tradición poética, incorporando argumentos y modos del canto antiguo (Cantarella, 1971, pp. 62-63).

La estructura actual de los poemas deja entrever que tuvieron una prolongada elaboración. El hexámetro épico, que utiliza el poeta, parece ser la última versión de una larga evolución, aunque difícilmente se puede establecer el origen y sus fases. Otro aporte, del modelo homérico, es la inclusión de los epítetos fijos y estereotipos para cada dios y héroe, permitiendo la adecuación de los versos. Esta adaptación representa la naturaleza de esta poesía que, en sus orígenes, fue transmitida en forma oral recitada con acompañamiento de la cítara, siendo por mucho tiempo divulgada por esta vía, aun cuando fue fijada por la escritura. El arte homérico coloca a cada héroe su propia nota, su personalidad, elevando cada detalle de la vida, en todos sus aspectos, expresando la humanidad del poeta (Cantarella, 1971, p. 70).

Homero influyó sobre toda la cultura griega, formando en el campo literario la lengua griega, no habiendo “poeta que no imite, que no repita, que no recuerde a Homero, aun donde la inspiración sea diversa y alejada”. Alrededor de él se encuentra el gran sentido de tradición, modelo considerado “ejemplar” e “insuperable”. Homero es “la sustancia del espíritu griego en todas sus formas y manifestaciones” (Cantarella, 1971, p. 80).

La épica homérica personifica el espíritu de los griegos, siendo de tal importancia que forma la base de su educación; su alcance se percibe en la influencia que tuvo en otros poetas, que a su vez fueron fuente de modelos pedagógicos.

El principio educativo de la poesía de Homero es la excelencia humana o *areté*, expuesta en sus héroes, personajes de tiempo pasado que conviven con los dioses y que inspiran ejemplos de vida; bajo ese argumento el poeta coloca en Odiseo los atributos de héroe y con ello una propuesta clara del modelo homérico, de ahí la importancia de su estudio.

Un segundo principio en Homero se relaciona con la convivencia entre dioses y hombres, delimitando ambas dimensiones divino-humanas, que si bien los coloca en un mismo plano, deja ver a toda luz la naturaleza humana, la cual está condenada a la miseria de su mortalidad y subordinada al orden divino. La idea de conducirse con virtud cobra sentido en el momento que da cuenta del destino humano, es decir, la muerte que le espera.

En la *Odisea* queda establecido el acompañamiento de los dioses a los héroes, que en ningún momento los dejan a su suerte. Por otra parte se determina que el hombre no está a la altura de los dioses y su destino es sufrir la cortedad de la vida. Los puntos anteriores pueden ser una guía para el hombre contemporáneo, con el que podrá armonizar y entender su conexión con el orden divino.

Biblioteca Aguascalientes

CAPÍTULO III: MODELOS FAMILIARES EN LA ODISEA

1. El poema de la Odisea

La *Odisea*, pertenece a los poemas épicos que relatan el retorno a sus tierras de los caudillos griegos después de la caída de Troya. Esta obra se ocupa del regreso de Odiseo a Ítaca, una isla donde se encuentra esperándolo su hijo Telémaco y esposa Penélope.

Para Griffin (1984), la *Odisea* es un “relato de aventuras con final feliz, en la que el bien queda debidamente recompensando y el perverso es castigado” (p. 63). Existieron otros poemas que relataban el retorno de los héroes aqueos de Troya, pero ninguno con la extensión de la *Odisea*. Parece ser que la intención de este poema, fue la de crear una obra en extensión y magnitud semejante a la *Ilíada*, considerándose que fue compuesta tiempo después (Griffin, 1984, p. 64).

La trama del poema es compleja y permite conocer los efectos de la ausencia del héroe, Ulises, sobre su “familia, su comunidad, y sus amigos”. Comienza el poema, narrando por separado la historia del retorno de Ulises y la búsqueda por parte de su hijo Telémaco, uniéndose ambos personajes más adelante. Admite, en cierta forma, acontecimientos mágicos y sobrenaturales, aunque en menor grado que otras épicas primitivas; pone el poeta en boca de sus personajes estos relatos, con el pretexto de no garantizar la autenticidad de los hechos por sí mismo (Griffin, 1984, p. 66).

El poeta coloca a Ulises en una nueva clase de héroe, ubicándolo como “el del hombre que quiere sobrevivir [...] dotado de cualidades para actuar con disfraz y aguante” (Griffin, 1984, p. 68). Del mismo modo, los dioses han cambiado, ahora “van y vienen disfrazados entre los hombres, y los someten a pruebas para ver si son virtuosos o perversos” (Griffin, 1984, p. 70).

En la *Odisea*, Homero trata el tema de la moral bajo una perspectiva en la que las acciones del hombre tienen consecuencias. Somete a los hombres al

dominio y control divino, pero, “no les impide el forjarse su propio destino y el sacar el mayor partido de sus capacidades específicamente humanas” (Bowra, 2007, p. 61). De este modo, alienta a los hombres a emplear sus propios recursos, demostrando con ello el alcance de su propia humanidad, que se encuentra en consonancia con su mortalidad. A pesar de “reconocer la brevedad de la vida y la falta de una recompensa [más allá de la muerte], la vida se hace deseable por eso mismo” (Bowra, 2007, p. 64).

Los personajes homéricos están llenos de humanidad, en ellos se reconocen sus grandezas y debilidades, con su “esencial magnificencia y sus inesperados fracasos” (Bowra, 2007, p. 72).

Cobra lugar la fuerza divina sobre el heroísmo, marcado por la aplicación de la justicia divina. El héroe pasa a ser un “agente casi anónimo de la justicia divina, asemejándose a los dioses, que ya no son por más tiempo los gobernantes del mundo serenos y confiados en sí mismos” (Griffin, 1984, p. 71). Ahora los hombres son responsables de su propia desgracia, y son culpables de sus fracasos; siempre son advertidos previamente por los dioses, pero los desoyen. Héroes y dioses se van justificando con un patrón moral, y en toda la obra se encuentran contrastes morales en blanco y negro (Griffin, 1984, p. 73).

La *Odisea* se ocupa de muchos temas que la *Ilíada* no trata. Detalla aspectos psicológicos y matices de la conducta social, envuelta en un realismo que se yuxtapone con lo mágico y lo maravilloso. Muestra la vida de la servidumbre y el ideal de hombre se ha modificado, no sólo debe ser diestro para la guerra, sino también debe tener habilidad en las labores agrícolas; el trabajo se ha dignificado, y ahora los personajes ociosos “son tratados con dura ironía” (Griffin, 1984, p. 79).

Los poemas de Homero no muestran un mundo hecho para el hombre, ni tampoco que “nuestro estado natural en él sea el de felicidad”. Nos dicen que “el mundo puede comprenderse en términos humanos, y que la vida humana

puede ser algo más que una insignificante e innoble lucha en la oscuridad” (Griffin, 1984, p. 102).

2. Familia y educación familiar en la Grecia antigua

Según Vergara (2013) el concepto de familia en la Grecia antigua se mantuvo con cierto dinamismo en cuanto a su interpretación y características, siendo las primeras manifestaciones, con Homero y Hesíodo, que centraron el modelo familiar en las hazañas del mito y el héroe, hasta la Atenas clásica con Jenofonte, Platón, Aristóteles, entre otros, que establecieron una concepción ontológica de la familia basada en el orden natural (p. 14).

El *oíkos* constituye para los griegos la primera instancia del desarrollo psíquico y social de la persona (Jaeger, citado por Vergara, 2013, p. 14), y es una respuesta al impulso natural que tiene el hombre de perpetuarse y socializar (Vergara, 2013, p. 14).

La consanguinidad en los griegos le otorgaba a la persona un origen, identidad, una posición en la estirpe, y la capacidad de “donación genuina”, posibilitando con ello la continuidad de la familia. La procreación de hijos legítimos, dentro del matrimonio y no fuera de él, fue producto de una necesidad de establecer un orden para proteger y mantener el linaje (Vergara, 2013, p. 16).

Los griegos entendieron la función educadora de la familia “como un proceso de formación, emanado del concepto mismo de naturaleza humana, y orientado a actualizar la excelencia de lo humano mediante la práctica de la virtud” (Vergara, 2013, p. 23). La existencia misma del hombre dependía de la familia, perfilada ésta desde una idea natural (Vergara, 2013, pp. 22-23).

La *paideia* se orientaba a potenciar lo “privado y singular del yo personal y doméstico”, al ámbito de la comunidad y de un bien común (Vergara, 2013, p. 23).

El modelo pedagógico familiar griego comenzaba desde etapas tempranas del hijo e iba cambiando según la edad. En la primera infancia, iniciada en la lactancia y hasta los seis o siete años de edad, la formación era guiada por la madre, ama y nodriza, “con la vigilancia e inspección del padre”, y se orientaba a la forja del carácter o *ethos*, sirviendo como soporte de toda la enseñanza posterior. En esta etapa el justo medio “se muestra como criterio pedagógico” (Vergara, 2013, pp. 25-27)

Pasado los siete años y a lo largo de toda la vida, el hijo recibía la educación en la escuela y el papel de la familia era de apoyo y complemento. En ella se formaba “el espíritu del hijo varón”. Se destacan dos periodos, de los 7 hasta los 18 años, y de los 18 años en adelante. Durante el primer periodo se proporcionaba una formación gimnástica y poético-musical, cerrando el ciclo de la *paideia* con un aprendizaje de carácter profesional después de los 18 años (Vergara, 2013, pp. 27-28).

3. La casa de Odiseo

La *oikia* (casa o familia) constituía en el mundo homérico “la primera solución a la dependencia”, una respuesta a la necesidad de satisfacer sus necesidades más básicas, vivienda y alimento, al igual que establecía “las normas éticas, obligaciones y derechos, relaciones sociales y con los dioses” (Finley, citado por Chirinos, 2006, p. 201). La *oikia* representaba “una escuela de humanidad” en la que se adquirían las virtudes que servirían como base de “todo proceso de madurez racional posterior” (Macintyre, citado por Chirinos, 2006, p. 202). En el ámbito familiar el hombre aprendía a ser humano, a reconocer su fragilidad y su dependencia (Chirinos, 2006, p. 202).

Homero nos muestra a Odiseo como “el artesano, el trabajador de la casa, como su dueño y autor”, como el creador del *oikos*, dejando ver con ello su humanidad. Nos enseña la importancia de la casa, no sólo en lo material, sino también en lo espiritual, como una fuente de bienestar humano, un lugar donde se logra la intimidad, donde se puede ver así mismo y al otro, subrayando en

cada detalle de la vida ordinaria una forma de lo humano (Chirinos, 2006, pp. 204-205).

La dimensión simbólica de la casa es un aspecto que distingue a Odiseo de los restantes héroes épicos; insistimos en considerar a la “casa” como una construcción superior, en la que lo material es importante porque representa su sustento reconocible, pero no es un fin en sí. Para Odiseo, Ítaca es la dimensión integral de la casa, a la que anhela volver, y si bien está representada por sus posesiones en la isla, que lo definen como rey, no marcan su límite. La idea de casa que debe proteger (a través de Telémaco) y recuperar por medio de la violencia incluso, no tiene muros ni columnas sino personas concretas; cada una de ellas está ligada por un vínculo específico, el cual debe sostener vivo aun en la distancia del viaje: “En la ambivalencia entre el mundo y la paz del hogar radica la dualidad del protagonista, que desea vivirlo todo. Le atraen la aventura, conocer ciudades y la diversidad de las culturas” (Calabrese, 2015, p. 70)

4. Relaciones interpersonales en la Odisea

A continuación, se presenta un relevamiento de los fragmentos más significativos que encuadran las relaciones planteadas entre los personajes; nos interesa destacar en el entorno del héroe, sus vínculos de paternidad-filiación junto con la valoración de la relación femenina, en sus diferentes modos.

4.1. Catálogo de las relaciones interpersonales

Paternidad

1.- En el libro I de la obra se hace presente Telémaco y plantea el efecto que tiene en el hijo la ausencia y desconocimiento de su padre, mostrando al muchacho con cierto desdén por los asuntos de Ulises:

De él nacido me dice mi madre, mas yo por mí mismo no lo puedo saber: ¿qué mortal reconoce su sangre? Bien quisiera ser hijo de un padre feliz al que hallara la vejez disfrutando en mitad de sus propias haciendas, mas mi padre es el más desdichado de todos los hombres: de ese tal según cuentan nació, ya que tú me preguntas (Od., I, v. 215).

2.- En el libro I la diosa Atenea en figura de Mentor describe el carácter inmaduro del joven Telémaco, efecto de la ausencia del padre, al ser incapaz de defender por sí mismo su hogar y hacer frente a los pretendientes de su madre: “Es de ver cuánta falta te hace ese Ulises ausente que a estos hombre osados pusiera las manos encima” (Od., I, v. 250).

3.- Se muestra en el libro I a Telémaco haciendo patente la independencia del hijo ante su madre, como efecto de madurez y fortaleza al saber de su padre:

...mas tú vete a tus salas de nuevo y atiende a tus propias labores, al telar y a la rueca, y ordena, asimismo, a tus siervas aplicarse al trabajo; el hablar les compete a los hombres y entre todos a mí, porque tengo el poder en la casa (Od., I, v. 355).

4.- Aparece en el libro II Atenea en voz, cuerpo y figura de Mentor para reafirmar la estirpe heroica que lleva dentro Telémaco, herencia de su padre:

“No serás desde ahora, Telémaco, vil ni insensato si ha calado en tu ánimo el noble valor de tu padre: tan perfecto varón era él en palabra y en hechos, y tu ruta no habrá de quedarse incumplida y sin logro” (Od., II, v. 270).

5.- Se presenta Anticlea en el canto XI para hablar del terrible dolor que ha causado en Laertes la falta de Ulises, pues se encuentra retirado en el campo sumido en tristeza y añorando el regreso del hijo: “Tu padre, entretanto, en el campo se está, nunca baja al poblado [...] su angustia se acrece añorándote a ti, pues la dura vejez se le acerca” (Od., XI, v. 190).

6.- En el canto XIV el mayoral de los cerdos, Eumeo, expresa el amor a su rey que se encuentra perdido:

No es mi llanto por ellos, por más que me aflija y que sueñe con volver con mis ojos a verlos allá, que es la pena por la ausencia de Ulises la que hinche mi alma; aun ausente, ¡oh mi huésped, rehuyo el nombrarlo: en tal modo me amaba, en tal modo cuidaba de mí y, aun estando tan lejos, nunca habré de dejar de llamarlo mi dueño y mi amigo (Od., XIV, vv. 140-145).

7.- Se presenta Telémaco en el canto XVI para recordarnos su linaje de noble guerrero:

El Cronión nunca dio más que un hijo a varón de mi raza y así Arcisio engendró sólo uno, Laertes; Laertes a su vez, padre fue solamente de Ulises, y Ulises en su hogar me dejó solo a mí, del que nunca ha gozado (Od., XVI, v. 115).

8.- En el canto XVI Eumeo, mayoral de los cerdos, presenta el efecto causado en Laertes la partida de su nieto Telémaco, que ha ido en busca de su padre:

¡Infeliz! Hace poco, aun penando por causa de Ulises, visitaba sus campos y en casa, en unión de los siervos, la comida tomaba y el vino cuando era su gusto; pero ahora, después que en la nave saliste hacia Pilo, según cuentan ni ha vuelto a comer ni beber como antes ni disfruta de ver sus haciendas: en lloro y gemidos de dolor se consume y la piel se le seca en los huesos (Od., XVI, vv. 135-140).

9.- Aparece Ulises en el libro XVI para revelar su identidad a su hijo Telémaco, y con ello quitarle la angustia: “Soy tu padre, aquel padre al que lloras ha tiempo sufriendo pesadumbres sin fin, soportando violencias ajenas” (Od., XVI, v. 185).

10.- En el canto XVI aparecen sollozando Telémaco y Ulises, ha llegado el momento en que ambos se reconozcan, causando júbilo en ellos: “Levantóse

en los dos vehementísimo afán de sollozos y lloraban a gritos, sin pausa, a manera de aves, de pigargos o buitres de garra ganchuda a los cuales los labriego robaron las crías aún faltas de vuelos” (Od., XVI, v. 215).

11.- En el libro XVI el terrible dolor se presenta en Telémaco al ver a los pretendientes atacar a su padre:

Tal hablaban los mozos, mas él no escuchaba sus dichos; a Telémaco, en tanto, crecíale el dolor en el pecho por su padre, mas no derramó ni una lágrima; a solas la cabeza moviendo a ambos lados tramaba mil males (Od., XVII, v. 485).

12.- Es de ver como Telémaco se presenta en el canto XX como un joven capaz de defender su hogar resultado de la llegada de padre:

Que nadie, por tanto, cometa en mi casa atropellos, pues yo ya discurro y distingo lo que está bien o mal y no soy aquel niño de antes. He aguantado con todo hasta ahora mirando estas cosas, el degüelle de reses, el gasto sin tasa del vino y del pan, porque a tantos no puede coartar uno solo (Od., XX, vv. 305-310).

13.- En el libro XXIII se presenta Telémaco recobrado en confianza al luchar a lado de Ulises:

No más míralo tú, padre amado, pues dicen que eres el mejor en consejo de todos los hombres y nadie del linaje mortal en prudencia compite contigo. No tendrás a tu lado animosos y puedo afirmarte que el valor no nos ha de faltar mientras duren las fuerzas (Od., XXIII, v. 125).

14.- En el canto XXIV le pide Laertes un indicio a su hijo Ulises que muestre que él es su hijo:

Ve, ante todo, esta enorme señal que en el monte Parnaso con sus blancos colmillo marcó un jabalí cuando iba por allá, pues mi madre y

tú mismo me habíais enviado con Autólico, el padre de aquélla, a tomar los presentes que él, hallándose aquí en nuestra casa, me había prometido (Od., XXIV, v. 330).

15.- Se presenta Ulises en el canto XXIV para demostrarle a Laertes su identidad y juntos recuerdan las enseñanzas:

Pero voy a decir además a contarte los árboles todos que me diste una vez de esta huerta florida. Yo, aún niño, caminaba contigo por ella, te hacía mil preguntas, tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres (Od., XXIV, v. 335).

16.- En el libro XXIV recobra el vigor Laertes después del encuentro con su hijo: “Padre, alguno en verdad de los dioses eternos te ha dado parecer de más bella y más prócer figura que antes (Od., XXIV, v. 370).

17.- Al final de la obra en el canto XXIV Laertes le dice a su nieto Telémaco la enseñanza que habrá de aprender al estar los tres juntos: “¡Oh Telémaco! Vas a aprender por ti mismo, llegando a una lucha de hombres en donde los fuertes se criban, a no dar deshonor a tus padres estirpe, que siempre nos gloriamos de fuerza valor sobre toda la tierra” (Od., XXIV, v. 505).

18.- Orgullosa se muestra Laertes en el libro XXIV al ver a su estirpe a su lado: “¡Oh, qué día para mí, dioses buenos! ¡Qué dicha la mía, ver al hijo y al hijo del hijo emulando bravura!” (Od., XXIV, v. 510).

Maternidad

1.- En el libro I se presenta Penélope sorprendida del cambio en Telémaco, resultado de su madurez: “Admirada la madre tornóse y marchó a su aposento con el recio discurso del hijo grabado en el alma” (Od., I, v. 360).

2.- En el canto IV se encuentra atormentada Penélope por el viaje que emprende su hijo en busca de Ulises:

En verdad ni la falta de Ulises me causa tal duelo; por él tiemblo y me apuro con miedo de que algo le ocurra ya de parte del pueblo a que va, ya en mitad de las olas; con mal ánimo muchos están maquinando su daño y le quieren matar sin dejarle volver a su patria (Od., IV, vv. 815-820).

3.- El dolor sume a Ulises al ver el alma de su madre difunta en el libro XI:

Mas entonces el alma llagó de mi madre difunta, de Anticlea, que engendrara el magnánimo Autólico. Viva la dejé en mi mansión al salir para Troya sagrada; brotó el llanto en mis ojos al verla, inundóseme el pecho de dolor (Od., XI, v. 85).

4.- Narra Anticlea en el canto XI cómo la pérdida de su hijo Ulises la lleva a la muerte:

Ésta ha sido mi muerte también, tal cumplí mi destino: no acabó mi existencia en palacio la gran flechadora, la de tiro infalible, lanzando sus blandas saetas, ni cayó sobre mí enfermedad como aquellas que suelen, en fatal consunción, arrancar de los miembros el alma; no, mi Ulises, mi luz, fue mi pena por ti, fue el recuerdo, fue tu misma bondad quien dio fin a mi gozo y mi vida (Od., XI, vv. 195-200).

Penélope-Ulises

1.- Recuerda Penélope en el canto XVIII el día que perdió brillo al partir Ulises a Troya:

No me exhortes, ¡oh Eurínoma!, a eso, por más que me halles afligida, a que lave mi cuerpo lo unja. Los dioses que poseen el Olimpo acabaron con todo mi brillo aquel día que él marchaba de aquí con las cóncavas naves (Od., XVIII, v. 175).

2.- Sumida en tristeza nos cuenta Penélope en el libro XVIII la falta de fuerzas por perder a Ulises:

Cuanto yo valer pude, ¡oh Eurímaco!, en cuerpo y figura, lo acabaron los dioses el día que en las naves partieron los argivos a Ilión y con ellos Ulises mi esposo. Si él viniendo otorgara a mi vida otra vez sus cuidados, en más honra estuviera y sería para mí mejor todo; en dolor vivo ahora (Od., XVIII, v. 250).

3.- Ulises relata en el canto XXIII las señales que sólo los esposos conocen, para probar a Penélope su identidad:

¡Oh mujer! Lo postrero que has dicho es lo más doloroso: ¿quién mi lecho cambió de lugar? No era cosa hacedora no por un buen experto a no ser que algún dios en persona con su solo querer trasladáralo a algún otro sitio. Ningún hombre viviente y mortal ni en su edad más lozana removido lo hubiera: tenía la labor de aquel lecho su secreto y su marca y lo hice yo mismo y no otro (Od., XXIII, vv. 180-185).

4.- En el libro XXIII Penélope relata con júbilo su encuentro al fin con su esposo Ulises, después de constatar su identidad: “No te enojas, Ulises, conmigo, que siempre el más cuerdo te mostraste de todos los hombres” (Od., XXIII, v. 210).

Calipso-Ulises

1.- Es de ver cómo la diosa Calipso propone en el canto V inmortalidad a Ulises, pues enamorada se encuentra de éste:

¿De verdad tienes prisa en partirte al país de tus padres y volver a tu hogar? Marcha, pues, pese a todo en buen hora; mas si ver en tu mente pudieses los males que antes de encontrarte en la patria te hará soportar el destino, seguirías a mi lado guardando conmigo estas casas, inmortal para siempre, por mucho que estés deseando ver de nuevo a la esposa en que piensas un día tras otro (Od., V, vv. 205-210).

2.- Ulises relata en el canto VII el amor al hogar y el rechazo a la inmortalidad de la musa Calipso: “Acogiéndome ella me dio de comer me dijo que por

siempre me había de guardar sin vejez y sin muerte; nunca empero llegó a persuadirme en el fondo del alma” (Od., VII, v. 255).

Nausícaa-Ulises

1.- Se despiden Nausícaa de Ulises en el canto VIII como una tierna enamorada: “Ve, extranjero, con bien: cuando estés en los campos paternos no te olvides de mí, pues primero que a nadie me debes tu rescate” (Od., VIII, v. 460).

Circe-Ulises

1.- En el canto X se presenta Circe reclamando a Ulises el rechazo de éste de estar a su lado y volverse inmortal: “¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero! A disgusto no habréis de seguir en mi casa” (Od., X, v. 485).

4.2. Características de las relaciones familiares

Relación padre-hijo

La obra homérica ha sido un faro que guía la formación de la persona, centrada en la conciencia y la práctica de la virtud, o mejor dicho de la *areté*. Esta “excelencia humana” o *areté*, establece el ideal de hombre griego y con ello un modelo de vida en el que se procura el justo medio y el reconocimiento de los propios límites.

Se identifican en Homero dos aspectos que capturan la relación paterno-filial; por una parte da cuenta de la importancia del linaje como medio de continuación de la nobleza y base para la educación, así como reflejo del concepto de *areté*, y por otra la forja del *ethos* o carácter en la formación de la personalidad de la persona.

Homero recoge costumbres e ideales de una época pasada, donde el hombre convive con los dioses, y estos van y vienen entre aquellos. Esta convivencia

con el orden divino permite comprender la naturaleza humana exhibida en su capacidad para formarse, la consecuencia de sus actos y el límite en su mortalidad. Estos hombres superiores –representados en forma de héroes– están llenos de cualidades físicas e intelectuales preeminentes, lo que los vuelve mejores a las generaciones siguientes, y son puestos en situaciones diarias, lo que los hace más humanos.

Esta larga tradición, abundante de experiencia humana, se conceptualiza en la nobleza homérica, que captura el espíritu del pueblo griego y expone la imagen de hombre ideal. La conexión con los héroes se da con el linaje, en tanto que los soberanos suponían ser descendientes de aquellos seres. En el canto XVI en voz de Telémaco se detalla el linaje de noble guerrero al que pertenecen los héroes principales de la *Odisea*:

el Cronión nunca dio más que un hijo a varón de mi raza y así Arcisio engendró sólo uno, Laertes; Laertes a su vez, padre solamente de Ulises, y Ulises en su hogar me dejó solo a mí, del que nunca ha gozado (Od., XVI, v. 115).

El poeta ubica la ascendencia de Odiseo hasta su abuelo Arcisio nacido del dios Zeus, y con ello su pertenencia a un origen divino.

Odiseo es un hombre virtuoso lleno de dotes como la prudencia, la inteligencia y la persistencia, que le permiten abrirse paso ante las “innúmeras penas y duelos”, como el mismo lo narra al pueblo feacio al comienzo del canto IX (Od., IX, v. 35). Estas adversidades las pone Homero en un mundo ordinario, empleando temas como la muerte, la ausencia, la desesperanza, la desdicha, la injusticia, con lo cual se adueña de una capacidad para mostrarle al lector una guía para tratar sus propios infortunios.

El amor familiar, la enseñanza, la vida en sociedad, la dignificación del trabajo son características de la vida de un noble. Contrario, el poeta coloca en Polifemo, un “varón monstruoso <que habita solo en una cueva>, [...] pacía sus ganados aparte, sin trato con otros ciclopes” (Od., IX, v. 185) y que no vive

del pan como cualquier ser humano, la representación de la vida salvaje, cruel, “sin ley ni justicia”. Este contraste pone de manifiesto la esencia del estilo de vida griego, un discernimiento entre lo humano y lo bestial, un arquetipo pedagógico al alcance de todos.

La posición de noble le otorga a la persona un origen, una identidad, un estatus y un lugar en la sociedad; además es sin duda una conexión con el orden divino, y un estereotipo de excelencia humana con la que orgullosamente Laertes se eleva al estar rodeado de su estirpe: “¡Oh! ¡Qué dicha la mía, ver al hijo y al hijo del hijo emulando bravura!” (Od., XXIV, v. 510).

La capacidad de donación de padre a hijo se da en el marco de lo espiritual, tal es el hecho que Atenea en voz, cuerpo y figura de Mentor reafirma la estirpe heroica de Telémaco: “No serás desde ahora, Telémaco, vil ni insensato si ha calado en tu ánimo el noble valor de tu padre: tan perfecto varón era él en palabra y en hechos” (Od., II, v. 270).

En ese mismo sentido se da la donación consanguínea; aun cuando el joven Telémaco en el canto I le dice a Atenea con desdén y tristeza por la ausencia del padre, “de él nacido me dice mi madre, [...] de ese tal cuentan naci” (Od., I, v. 215), da cuenta de la plena conciencia de sus raíces, confirmando la diosa al decir “no dejaron sin gloria los dioses la estirpe” (Od., I, v. 220).

El carácter del hijo se forja a lado del padre, así es puesto en escena la enseñanza al final del canto XXIV, cuando Laertes entusiasta le dice a su nieto:

¡Oh Telémaco! Vas a aprender por ti mismo, llegando a una lucha de hombres en donde los fuertes se criban, a no dar deshonor a tus padres y estirpe, que siempre nos gloriamos de fuerza sobre toda la tierra (Od., XXIV, v. 505).

La excelencia se da en la práctica, en la afronta del enemigo –entendido como una situación desfavorable– junto al padre, siendo fuente de orden y mantenimiento de la estirpe, y una expresión de la *areté*.

El consejo constante y la dirección espiritual constituyen pilares en el modo de forjar el *ethos* de los descendientes. El poeta deposita en Atenea la imagen de formador y guía durante el viaje que emprende Telémaco en busca de su padre. Este andar representa el proceso de madurez del hijo del héroe. Al inicio de la obra se muestra a un muchacho a quien recién le sale la barba –asociado al comienzo de la adultez– quien es incapaz de hacer frente por sí mismo a los galanes que devoran su comida y beben su vino, invaden su casa y pretenden a su madre; “es de ver cuánta falta te hace ese Ulises ausente que a estos hombres osados pusiera las manos encima” (Od., I, v. 250) le dice la diosa en figura de Mentor.

El hecho de que Atenea adopte la apariencia de Mentor no es casualidad. Mentor es el fiel amigo de Ulises, quien al partir para Troya le dejó encargado de sus bienes, representando a su vez la imagen de educador para Telémaco. A modo de consejo le infunde valor al joven, “en nada te cuadra te muestres aún niño: eres ya muy mayor para ello” (Od., I, v. 295).

El uso de la razón se dibuja en Telémaco una vez que la diosa Atenea le cuenta que su padre se encuentra aún con vida. El personaje cobra autonomía con un fortalecido comportamiento, quien ahora es capaz de tomar sus propias decisiones, y un duro discurso le dice a su madre: “...mas tú vete a tus salas de nuevo y atiende a tus propias labores [...], el hablar les compete a los hombres y entre todos a mí, porque tengo el poder en la casa” (Od., I, v. 355), con esto se posiciona como autoridad del hogar.

La acción del padre de estimular en el hijo su capacidad para entender la vida y someter las acciones a un orden moral, es una condición humana fundamental que se logra en esta relación. En presencia del padre, Telémaco, se vuelve un hombre apto de hacer frente a los pretendientes y llegado el momento se pronuncia con un recio mensaje:

que nadie, por tanto, cometa en mi casa atropellos, pues yo ya discurro y distingo lo que está bien o mal y no soy aquel niño de antes. He

aguantado con todo hasta ahora mirando estas cosas, el degüelle de reses, el gasto sin tasa del vino y del pan, porque a tantos no puede coartar uno solo (Od., XX, vv. 305-310).

A través del consejo, Ulises se ocupa de controlar los impulsos, moderar la conducta y hacer valer el ánimo en Telémaco, desempeñando un papel de facilitador y de apoyo para su hijo. Constantemente es sometido a prueba el temperamento de los héroes, como forma de moldear el *ethos*. Después de acabar con los terribles galanes, Ulises aconseja a Telémaco guardar la cordura y prepararse de posibles venganzas: "...mas cuidémonos de llevar lo demás, asimismo, a buen fin" (Od., XXIII, v. 115), y con ánimo el hijo contesta:

No más míralo tú, padre amado, pues dicen que eres el mejor en consejo de todos los hombres y nadie en linaje mortal en prudencia compite contigo. Nos tendrás a tu lado animosos y puedo afirmarte que el valor no nos ha de faltar mientras duren las fuerzas (Od., XXIII, v. 125).

Desde edad temprana el padre va guiando al hijo, y las enseñanzas se quedan en lo más profundo de la persona, formando recuerdos que servirán en un futuro. En la *Odisea*, el padre es un actor principal en la formación del hijo, un verdadero mentor que da seguimiento al desarrollo de la prole. Ulises recuerda los consejos que le daba Laertes, cuando éste le pide un "indicio bien claro" que compruebe su identidad:

yo, aún niño, caminaba contigo por <la huerta florida> [...], te hacía mil preguntas, tú mostrabas las plantas y me ibas diciendo sus nombres; diez manzanos y trece perales me diste, de higueras hasta cuatro decenas; de liños de vides contaste medio ciento también para mí (Od., XXIV, vv. 335-340).

Los estragos causados por la ausencia de Ulises se dejan notar en el hogar. Las consecuencias en la familia y en los sirvientes son desastrosas. Para Laertes el terrible dolor por la falta de Ulises lo retira al campo y "su angustia

se acrece <añorando el regreso del hijo>” (Od., XI, v. 190), su tristeza es tan grande que pierde su brillo y su temple. En Telémaco la privación de su padre hace que se muestre como un individuo incompleto, dependiente de la madre para su protección, falta de asumir el cuidado del hogar y hacer justicia contra los invasores. La esposa Penélope “entre duelos se pasan sus noches y entre duelos sus días, con lágrimas siempre” (Od., XI, v. 180), tejiendo por la mañana un manto y por la tarde deshaciéndole, con el propósito de retardar el casarse con un noble de Ítaca, y hacer tiempo al regreso del héroe. La madre Anticlea en el Hades se encuentra, fue la pena, “fue el recuerdo <del hijo>, fue <por> su misma bondad quien dio fin a <su> gozo y <su> vida (Od., XI, v. 200); destrozado el hijo le quiere abrazar y besar a su encuentro, pero le es negado el tocar a los muertos.

El daño se extiende a los sirvientes, quienes ven en su Rey la imagen de líder, figura más próxima a un padre. Alrededor de él se halla el responsable de unificar al pueblo, de dar orden y estructura a la sociedad, aquel que está pendiente del bien común. Constancia de ello es el amor que tiene el mayoral de los cerdos Eumeo a Ulises:

Es la pena por la ausencia de Ulises la que hinche mi alma; aun ausente, ¡oh mi huésped, rehuyo el nombrarlo: en tal modo me amaba, en tal modo cuidaba de mí y, aun estando tan lejos, nunca habré de dejar de llamarlo mi dueño y mi amigo (Od., XIV, vv. 140-145).

Al encuentro de Ulises con su hijo Telémaco se demuestra el amor alcanzado en la relación paterno- filial, dada en la incondicionalidad y el reconocimiento del otro. El padre ve en el hijo sus valores y bravura, mientras que el hijo recibe con vehemencia sus palabras: “soy tu padre, aquel padre al que lloras ha tiempo sufriendo pesadumbres sin fin, soportando violencias ajenas” (Od., XVI, v. 185). Sólo en el orden del amor absoluto se puede dar la fortaleza de la espera del padre, que tras veinte años de haber partido finalmente regresa. Con heroica paciencia el joven aguarda el retorno de Ulises, y cuando éste revela su identidad “<levantándose> en los dos vehementísimo afán de

sollozos y lloraban a gritos, sin pausa” (Od., XVI, v. 215); misma paciencia se observa al resistir el dolor por el ataque de los mozos a su padre, y aun cuando “crecía el dolor en el pecho [...] no derramó ni una lágrima” (Od., XVII, v. 485). Realidad en la que el poeta nos enseña que esta relación se sitúa en un conjunto de condiciones de alegría, desesperanza y tristeza.

Igualmente sucede que entre Ulises y su padre Laertes, “quebró el corazón del anciano, sus piernas flaquearon [...] <y> los dos brazos tendió hacia su hijo” (Od., XXIV, v. 345), llenándose de júbilo sus corazones al verse. Ese amor tan grande y desinteresado, cualidad de la relación paternal, es pauta para mirarse en el interior del otro, posibilitando la continuidad y supervivencia del linaje. Otro efecto que aparece es el cambio del semblante de Laertes, quien después de sumirse en tristeza, ahora “los dioses eternos <le han> dado parecer de más bella y más prócer figura que antes” (Od., XXIV, v. 370). Este embellecer es la acción moral resultado del perfeccionamiento entre el padre y el hijo, que tiene como unión el bien común.

Relación madre-hijo

El tema de la relación madre e hijo es tratado por Homero con una enorme sutileza, describiendo a detalle el cariño, el sufrimiento y la estrecha conexión que se genera entre ambos. La ternura y la paciencia son cualidades que distinguen al modelo de madre homérico, ambas usadas en el mantenimiento del hogar, convirtiéndola en la base formadora del ser. Sus labores, centrados en el cuidado de la casa y la educación de los hijos, son representados largamente por Penélope, y es ella quien conserva unida a la familia durante el tiempo en que estuvo lejos de Ítaca el rey, resistiendo las duras dificultades.

A pesar de la larga espera, Penélope mantuvo firme la educación de Telémaco a imagen del padre. El amor es tan grande y fuerte entre la reina y su hijo Telémaco, que el sólo hecho de saber que corre peligro le atormenta su corazón, llenándolo de angustia pues “ni la falta de Ulises <le> causa tal duelo” (Od., IV, v. 815). A los ojos de la madre, ve a un hijo “inexperto en trabajos,

novato en disputas” (Od., IV, v. 815), a quien tiene que proteger ferozmente. Este elemento de protección es sin duda uno de los más representativos de la maternidad, y el poeta nos hace ver en los cantos I y XXI el frágil y complejo entendimiento entre la dependencia y la condición de autosuficiencia del hijo, quien con fuerte mensaje deja en claro su capacidad para tomar sus propias decisiones, a lo que su madre “admirada [...] tornóse y marchó a su aposento” (Od., I, v. 360), con el duro discurso grabado en el alma.

La pérdida de un hijo es el sufrimiento más duro que pueda enfrentar una madre. En el canto XI Ulises se adentra en el mundo de Hades –donde las almas de los muertos habitan– y ahí encuentra a su madre Ánticlea, quien acabó su existencia la angustia de perder a su hijo. Brotó el llanto en los ojos al verla el héroe en el Hades e inundado de dolor su pecho quedó.

Relación Penélope-Ulises

Durante veinte años Penélope aguardo a Ulises sufriendo del acoso de los galanes, quienes pretendían casarse con ella como era costumbre. El hecho de que Penélope hubiera casado con otro, representaría la destrucción del hogar y el acabose del linaje de Ulises al dejar desprotegido al hijo y sus bienes. La reina pudo haber formado una nueva familia, pero se sostuvo en el tiempo el inmenso amor que sentía por su esposo, al grado de perder todo el brillo “aquel día que él marchaba [...] <para Troya> con las cóncavas naves” (Od., XVIII, v. 175).

Perder a la pareja es dejar un vacío en el alma. Penélope vive en dolor por la falta de Ulises, y “si él [...] <otorgara> otra vez sus cuidados” (Od., XVIII, v. 250) volvería el ánimo y sería para ella mejor todo. Mientras tanto Ulises rechaza el ofrecimiento de la musa Calipso de volverlo inmortal, si éste acepta quedarse a su lado, pero él permanece “deseando ver de nuevo a la esposa en que <piensa> un día tras otro” (Od., V, v. 205). Asimismo, se niega quedarse con Circe, que también le propone hacerlo inmortal, y por último se resiste a Nausícaa, la joven de la ciudad de las gentes feacias, quien lo

rescatara y hospedara. Nadie pudo en verdad persuadir el amor que sentían en el fondo del alma el uno del otro.

La añoranza de volverse a encontrar se convierte en el motor que nutre el amor entre Penélope y Ulises, y cuando al fin se reencuentran sólo ellos conocen señales del lecho y así lo comprueba Ulises:

tenía la labor de aquel lecho su secreto y su marca y lo hice yo mismo y no otro. Un olivo de gráciles hojas se alzaba en el patio, floreciente, crecido, como una columna de grueso en su tallo; y en el torno de éste levanté mi aposento, cubrílo con un buen tejado y le puse unas puertas de sólido ajuste (Od., XXIII, vv. 185-190).

Se les llenó el corazón de alegría y volvió en los dos aquel brillo y el calor que guardaban.

El valor del padre en la *Odisea*, es la de autor y constructor del hogar o el *oikos*, una autoridad que cuida y mantiene el orden, que a su vez es proyectado a la sociedad. Otro aspecto sobre el padre se refiere a la estirpe, con la que da continuación a la nobleza, que forma el modelo de hombre ideal. Este linaje se ve claramente en la relación Laertes-Odiseo, Odiseo-Telémaco.

En el personaje de Telémaco recae buena parte del modelo pedagógico griego; aún con el padre ausente, el joven tiene una clara noción de su origen, es decir, de la estirpe a la que pertenece. Esta conciencia y el seguimiento de la educación del hijo del rey es llevada por su madre, Penélope, que lo lleva a imagen y semejanza de Odiseo. Una vez encontrados el padre y el hijo, este último expresa plena conciencia de la madurez, reconociéndose a sí mismo como alguien digno de proteger el hogar.

CONCLUSIONES

1. El legado de los griegos en la historia de la educación

El destino, tema central del pensamiento griego antiguo, se encuentra siempre ligado a un orden divino. Caturelli (2010) menciona que en la concepción griega nunca el mortal debe hacer actos de injusticia a pesar de la suerte impuesta por los dioses. El hombre cobra cierta independencia en sus decisiones, sujeto inexorablemente al destino. Esa capacidad de elegir señala una ética, donde sus actos tienen consecuencias, dejando al descubierto la naturaleza humana; es de ver la enseñanza de Zeus al decir en el Olimpo: “cómo inculpan los hombres sin tregua a los dioses achacándonos todos sus males. Y son ellos mismos los que traen por sus propias locuras su exceso de penas”. (Od., I, vv. 30-40).

El mundo homérico plantea una formación del ser humano bajo la excelencia o virtud, sirviendo de medio para alcanzar la felicidad, en constante conjunción con el destino, proponiendo con ello un ideal de hombre. La excelencia, no sólo vista como un designio divino, sino como la participación consciente en la formación del ser. El control de los impulsos y la moderación de la conducta son pilares en el modelo de vida trazado en la *Odisea*. Platón hace la invitación a contemplar la obra homérica por su “robustez moral” y por su capacidad de dotar al héroe, con una personalidad capaz de entender la vida y afrontar las adversidades (Calabrese, 2018, p. 89).

Para Platón, el hombre puede elegir vivir de acuerdo a ciertos “modelos de vida” que se encuentran alineados a un orden cósmico, y estos, no pueden contrariar su naturaleza ni afectarla (Caturelli, 2010). En contraste, el hombre moderno parte de la metafísica surgida de la certeza de Descartes –en su *Discurso del método*– “yo pienso, luego soy”; con la cual surgirán modelos de formación del ser, centrados en lo individual y en lo particular, dotando a la persona la capacidad de construirse a sí misma, figurada como artífice principal, con moldes que se ajustan y se alinean a conceptos sumidos en el

relativismo y la negación, aun cuando esto pueda significar atentar contra su propia *physis*.

En Aristóteles, el obrar bien y actuar conforme a las virtudes es forma de alcanzar la felicidad. En su caso, las virtudes son concebidas como “hábitos operativos adquiridos consistentes en el justo medio entre el exceso y el defecto” (Caturelli, 2010, p. 23); con esto, se da la posibilidad para que el hombre se apropie de la virtud y se aleje de los vicios, reconociendo su capacidad de actuar con cierta libertad. Sutilmente, Homero personifica en Ulises al hombre templado y prudente capaz de resistir, como así lo relata al pueblo feacio, las “innúmeras penas y duelos” que le impusiera el gran Zeus (Od., IX, v. 35).

La épica homérica profundiza el concepto de excelencia griega o *areté*, encarnando en los personajes de la *Odisea* los arquetipos de vida formadores del ideal griego. Odiseo, hombre virtuoso, siempre se conduce con prudencia, mostrando su estirpe de noble guerrero, capaz de resistir los desafíos impuestos por los dioses, digno rey de una gran nación. En la obra, la relación paterno filial tiene un papel central en la formación del ser humano, observándose la transmisión de las virtudes entre Laertes a Odiseo y Odiseo a Telémaco, siendo el modelo educativo: “el consejo constante y la dirección espiritual” (Jaeger, 1933, p. 35).

Los sabios ancianos juegan un rol importante en la sociedad, reflejo de ello es la educación que le brindan a Telémaco “en el amor a la reflexión y la moderación, la conciencia de los propios límites y el respeto de los demás” (Abbagnano y Visalberghi, 1964, p. 36). Guían a Telémaco durante el viaje de búsqueda de su padre, revelando ello el alcance de madurez del joven y el linaje de noble guerrero al que pertenece.

Se puede entre ver que el concepto de *areté* va más allá de los tiempos en los que se relata la *Odisea*, siendo los ancianos los encargados de dar continuidad al pensamiento del hombre.

2. El aporte específico de la Odisea al modelo educativo

La *Odisea* personifica la vida ordenada y serena, proyectando de una manera más compleja y humana al ideal de formación del noble guerrero (Abbagnano y Visalberghi, 1964). Señala el amor familiar, la convivencia en sociedad y los valores que rigen al arquetipo de hombre, quedando latente la invitación a adoptar su modelo de vida.

Sus problemas y desafíos son tan humanos, que no apropiarse e identificarse con ellos es difícil; es así como narra el porquero Eumeo –mayoral de sus hombres– a Ulises: “Laertes [...] fieramente se duele del hijo en ausencia y la esposa, la discreta mujer de su hogar, que al morir le ha dejado en profunda aflicción y vejez prematura” (Od., XV, vv. 350-355). Esta escena detalla el sufrir tan humano que causa la pérdida de los seres amados.

Se desenvuelve en un contexto donde nada grande sucede sin la intervención de una fuerza divina. El destino y el actuar, siempre en constante tensión, se muestran en toda la obra dejando al descubierto la naturaleza humana y las leyes eternas que conducen al mundo. El diálogo entre la Ninfa Calipso y Ulises advierte a un héroe que rechaza la inmortalidad, confirmando la humanidad del personaje, describiendo asimismo que acciones y sufrimientos del hombre se subordinan a los dioses, quedando en armonía con las más altas normas religiosas y morales: “Marcha, pues, pese a todo en buen hora; mas si ver en tu mente pudieses los males que antes de encontrarte en la patria te hará soportar el destino, seguirías a mi lado [...] inmortal para siempre” (Od., V, vv. 200-205). En esa cosmovisión, la ética se rige por las leyes del ser, es decir, las que le pertenecen por naturaleza, y no sólo por “convenciones del puro deber” (Jaeger, 1933, p. 61).

La epopeya homérica contrasta con la del medievo en la relación que guarda el hombre con el orden divino. En la primera, la actuación del hombre es dependiente de la fuerza divina, en tanto que en la segunda es separado y su actuar es independiente (Jaeger, 1933, p. 63). Podemos sugerir que el

rompimiento no es absoluto; Dante comienza la *Divina Comedia* con el personaje situado en el infierno, y deberá transitarlo (incluido el purgatorio) acompañado por Virgilio, luego por Beatriz, para purificar su alma y con ello alcanzar el paraíso. Estas dos figuras y la necesidad de recorrer los distintos niveles, ponen de manifiesto la idea de un destino en consonancia a un orden superior, que guían el actuar del hombre, realzando su humanidad.

La obra es una mirada al pasado que permite advertir la continuidad del pensamiento. En ella se expone la condición humana y su relación con el destino, incitando al lector a proyectarse en los problemas de los personajes y en su convicción para afrontarlos. El contenido de la obra es inagotable por sus “rasgos espirituales que van desde lo fabuloso hasta lo idílico, lo heroico y lo aventurero, sin que se agote con ello la acción del poema” (Jaeger, 1933, p. 65).

Homero logra con su poesía penetrar las capas más profundas del hombre, considerándosele como el “primero y el más grande creador y formador de la humanidad griega” (Jaeger, 1933, p. 49). Se apoya de los paradigmas míticos, que reflejan normas e ideales de vida, para representar toda clase de situaciones que le acaecen al hombre. Así finaliza Agamenón –hijo de Atreo– su diálogo en el Canto XXIV, contrastando los cantos que alaban la “insigne constancia” por la espera de Ulises por parte de Penélope, contra los “cantos repletos de odio” que inspira la hija de Tindáreo “que ideando maldades a su esposo mató” (Od., XXIV, vv. 190-200). Su poesía muestra la gran capacidad de la cultura griega de alcanzar el conocimiento. Es “un poeta en el pleno sentido de la palabra: interprete creador de la tradición” (Jaeger, 1933, p. 57).

3. La importancia del padre en la educación del hijo

Vivir en sociedad requiere del reconocimiento de los propios límites y el respeto de las normas. El bien individual se nutre del bien común y viceversa. Por natura el hombre no sólo pertenece a la familia, sino que se agrupa en comunidades o sociedades civiles (Millán Puelles, 1979). La obra resalta ese

ser social, condición natural que lo separa de las bestias. Un ejemplo de ello son los Ciclopes que aparecen en el Canto IX, seres semejantes a las bestias –hijos del señor Poseidón– incapaces de perfeccionamiento alguno, ausente de virtudes, que viven y se desarrollan en grupos aislados. El hombre requiere del otro para lograr su perfección, y sólo es viable si responde a su naturaleza y procura el bien. Es la relación paterno-filial el punto de encuentro entre el instinto natural y la ética, envuelto en el amor desinteresado que se logra entre padre e hijo.

El padre siguiendo su naturaleza y ejerciendo su derecho y obligación de educar, perpetúa los arquetipos de vida a través de su transmisión.

Se establece por medio del padre un orden familiar que es proyectado en la sociedad, lo que el padre representa en la familia el gobernante lo es para la comunidad (Millán Puelles, 1979). El gobernante ordena qué enseñar a la comunidad. Este vínculo entre el individuo y la comunidad, permite que el hombre logre su perfección. En el Canto XIV se reconoce tal relación entre el Rey y su gobernado, recordando el porquerizo Eumeo “la pena por la ausencia de Ulises”, refiriendo: “en tal modo me amaba, en tal modo cuidaba de mí y, aun estando tan lejos, nunca habré de dejar de llamarlo mi dueño y mi amigo” (Od., XIV, v. 145).

El perfeccionamiento de la prole es posible con la educación que recibe del padre. Millán Puelles (1979) estudia el rol que padres y gobernantes tienen en esa función; señala que “son los titulares o portadores natos de la solicitud educativa”, “agentes naturales en el sentido de que constituyen el principio de la actividad educativa, su origen natural fundamental” (p. 93). La necesidad que tiene el padre de educar se sustenta en su propia naturaleza.

Cierto es que en ocasiones el padre no corresponde a su naturaleza debido a la libertad que tiene para actuar (Millán Puelles, 1979). Esa libertad plantea una ética en la enseñanza de la prole, es decir, que no sólo el padre educa al hijo por naturaleza, también lo hace porque es el bien lo que lo sostiene. El

bien perfecciona al ser, dándose un perfeccionamiento en ambos sentidos, de padre a hijo y de hijo a padre, siendo el padre desnaturalizado aquel que se opone a su libertad de perfeccionar.

Es un derecho del padre educar al hijo; tal derecho surge del orden natural, y debe ejercerlo hasta que el hijo tenga uso de razón (Millán Puelles, 1979). Los derechos de los hijos no se ven violentados por el uso de la fuerza del padre, siempre que ésta sea proporcional al problema y nunca desmedida.

El dominio sobre la prole pierde vigencia en el momento en que el hijo es capaz de tomar sus propias decisiones, tal es el caso de la madurez que se deja ver en Telémaco por la llegada de su padre, siendo ahora capaz de valerse por sí mismo demostrándolo en escena con su madre:

Nadie es, madre, más dueño que yo de entregar ese arco o negarlo [...] vuelve a tus salas y atiende a tus labores a la rueca, al telar, y, asimismo, a tus siervas ordena que al trabajo se den; lo del arco compete a los hombres y entre todos a mí, pues que tengo el poder en la casa (Od., XXI, vv. 345-350).

Una vez lograda la madurez, y sustentado en el derecho natural, le corresponderá al padre aconsejarle, procurando siempre el bien (Millán Puelles, 1979).

El momento histórico que se vive, donde el sujeto se posiciona como artífice del ser y del destino, nos lleva a cuestionar lo siguiente: ¿qué sentido tiene enseñar modelos de vida que procuren el justo medio? cuando lo que se sugiere es reivindicar la afirmación “el hombre es la medida de todas las cosas”, que hace Protágoras al inicio de su obra *Verdad*, quedando la realidad sujeta a la percepción del individuo, negando con ello la posibilidad de una bondad absoluta. ¿Qué tanto se ha alejado el hombre contemporáneo de la enseñanza del hijo, y por ende de su propio perfeccionamiento? cuando hay un individualismo cada vez más extendido en las sociedades. La respuesta

conlleva la siguiente reflexión: el hombre en tanto hombre, siempre va a responder a su naturaleza y al bien, y en ellas encontrará la posibilidad de alcanzar su perfección.

Es interesante el desarrollo que Homero hace con los personajes durante la *Odisea*, llenos de una realidad que nos conecta directamente con sus sentimientos, emociones y preocupaciones. Su proximidad y pureza en el relato de los detalles de la vida cotidiana es excelsa. Aun cuando su creación data de milenios atrás, su contenido no caduca y sirve siempre como referente indiscutible de la enseñanza y la cultura del hombre occidental.

En momentos donde parecen agotarse las ideas sobre el rol de la familia en la formación del ser humano, donde la certeza del orden natural del hombre se pone en duda, es preciso repensar el modelo de vida que Homero nos legó en la *Odisea*, con el fin de dar respuesta al gran reto que nos ha impuesto un relativismo dominante, junto a la negación de que podemos conocer el ser.

Biblioteca Aguascalientes

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Abbagnano, N. y Visalberghi, A. (1964). Historia de la pedagogía. *La educación en el mundo Homérico*. (pp. 30-36). México: Fondo de Cultura Económica.

Balthasar, H.U. von, Gloria I: la percepción de la forma, Madrid, Encuentro Cedaceros, Traducción de Emilio Saura. 1985

Bengtson, H. (1986). Historia de Grecia. *Capítulo I*. (pp. 11-41). España: Editorial Gredos, S. A.

Bowra, M. (2007). Introducción a la literatura griega. *La épica*. (pp. 37-78). España: Editorial Gredos, S. A.

Calabrese, C. El símbolo del viaje en La Odisea y en La Eneida, Barcelona, Prohom Edicions, 2007, 365 pp.

Calabrese, Claudio. “El signo del héroe: Las lágrimas de Odiseo”. Mito e historia III: El umbral del espacio: peregrinos, santos y templos. Olivia Cattedra (directora). Mar del Plata: Ed. Universidad FASTA, 2015. Pp 47-71

Calabrese, C. (2018). Comunidad y pedagogía: La filosofía platónica de la Educación. *La forma poética de la educación*. (pp. 83-91). México: Texere.

Cantarella, R. (1971). *La literatura griega clásica*. Buenos Aires: Editorial Losada S. A.

Caturelli, A. (2010). Orden Natural y Orden moral. *Desarrollo y crisis de la filosofía moral en occidente*. (pp. 15-32). (1ª. ed.). Buenos Aires: Gladius-Ucalp.

Chirinos, M. (2006). La casa de Odiseo. *Poética & Cristianesimo 2005*, 197-205.

Dalby, A. (2008). *La reinención de Homero*. España: Editorial Gredos, S. A.

Dante (1921). La Divina Comedia. *Canto Primero*. (pp. 25-28). México: Universidad Autónoma de México / Secretaría de Educación Pública

Descartes (1971). Discurso del método. *Cuarta Parte. Pruebas de la existencia de Dios y del Alma, Fundamentos de la Metafísica*. (pp. 23-27). México: Editorial Porrúa, S. A. de C. V.

Finley, M. (1961). El Mundo de Odiseo. *Homero y los griegos*. (pp. 6-11). España: Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.

Griffin, J. (1984). *Homero*. España: Alianza Editorial, S. A.

Homero. (1982). *La Odisea*. Madrid: Editorial Gredos.

I.E.S. Sierra Bermeja. Departamento de Latín y Griego. (2015). Literatura griega. *La poesía épica*. (pp. 3-14). Málaga

Jaeger, W. (1962). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. (2ª. ed.). México: Fondo de la Cultura Económica.

Lobo, L. (2015). Homero, educador del pueblo griego. *Repertorio americano No. 25*, 277-282.

Millán Puelles, A. (1979). La formación de la Personalidad Humana. *Padres y Gobernantes*. (pp. 91-121). Madrid: ediciones Rialp, S. A.

Protágoras. (1982). Sofistas. Obras. *Introducción General de Eugenio R. Luján*. (pp.1-29). Madrid: Editorial Gredos.

Vergara, J. (2013). Familia y educación familiar en la Grecia antigua. *Estudios sobre educación Vol. 25*, 13-30.